

# VICTORIA HOLLIS



**MI NOVIO**

**SERIE ROCKSTARS**

**LIBRO 33**

Mi novio

*Serie Rockstars, libro 33*

Victoria Hollis

## Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

# Capítulo 1

Little B escuchó pasos que regresaban a la carrera por el pasillo y se puso tenso. Lo primero que pensó fue que sus dos amigos se habían encontrado de frente con los intrusos al abrir la puerta del callejón, y que Dan regresaba para avisarles.

No se acordó de que Reggie quería hablar con William antes de salir, ni se le ocurrió pensar en lo inútil que sería que Reggie se quedara solo con los desconocidos, para defender la puerta de atrás... Ansioso como estaba Little B desde que vio a esos tres tipos rondando por los alrededores del coche y por el edificio, su cuerpo reaccionó por instinto. Contuvo la respiración, y el corazón se le puso en la garganta, latiendo como un desesperado.

De hecho, estuvo a punto de dar un bote de su silla, ponerse deprisa el pasamontañas, y echar a correr al último rincón de la cocina. No lo hizo. Y no fue por valentía o por dignidad, o por no parecer un cobarde delante de Paul, sino porque el miedo le tenía paralizado y no podía moverse.

Pero su cabeza continuaba funcionando a toda velocidad. Si los intrusos aquellos eran policías, entrarían y registrarían todo el apartamento. Con lo pequeña que era la vivienda, no iba a importar dónde se escondiera, porque le encontrarían de todas formas. Le apresarían y le esposarían. Aunque si llevaba puesto el pasamontañas, les obligaría a tener que desenmascararlo para poder verle la cara. Le pareció un pobre y mísero consuelo, un fútil intento de rebeldía ante lo inevitable, el último acto de resistencia de un alma desesperada y condenada... Pero siempre sería mejor que dejarse coger sin hacer nada.

Se encontraba en este punto de sus pensamientos, cuando apareció su colega Nobody en el umbral. Entró corriendo, y se detuvo en mitad del salón. Se les quedó mirando, un poco sin aliento y con los ojos grandes de... ¿Era ansiedad? Little B no podía saberlo. Por su parte, apretó el abanico que cartas que sostenía entre sus dos manos, como si fueran lo único que le quedaba en el mundo. Las curvó y las dobló entre sus dedos, pero él ni siquiera se dio cuenta de ello.

El silencio se alargó en el salón. Nobody parecía estar tratando de recuperar el aire. Little B le echó una ojeada fugaz al pasillo. Le pareció que de un momento a otro iba a aparecer Reggie por allí a la carrera, seguido de los tres desconocidos, armados con porras y llevando las esposas listas en las manos...

Pero el umbral continuó desierto, iluminado por la luz amarillenta y mortecina del pasillo. Y tampoco escuchó pasos ni carreras... Ni gritos, ni sonidos de lucha al otro lado, en la puerta de atrás. No supo si interpretar esto como una buena o mala señal, de modo que volvió la vista de nuevo hacia su colega.

—¿Ha pasado algo, hermano? —preguntó.

La voz le salió aguda como la de un niño o una mujer, pero le dio lo mismo. Paralizado por el espanto como estaba, era un milagro que hubiera logrado encontrar alguna clase de voz. Lo de

aguda o no, le parecía que importaba poco en una situación crítica como esta.

Su mente le recordó que tenía la ventana a su espalda, con las cortinas descorridas. Se negó a volverse para echar un vistazo. Estaba seguro de que al otro lado de aquellos barrotes había un conjunto de tipos vestidos de negro, como iban los tres primeros que vio, asomados por entre las rejas, mirándoles. No le cupo duda de que debían estar esperando a que él se girase hacia ellos para exclamar, triunfantes: «¡Os tenemos rodeados! ¡Rendíos sin oponer resistencia!».

Por si acaso, mantuvo la vista fija en su colega. No iba a darles a esos tipos el honor ni el placer de regocijarse a su costa.

Para su sorpresa, porque Little B estaba convencido de estar asistiendo al fin de toda esta aventura, y al principio de su vida como presidiario, con una sentencia judicial de cadena perpetua adherida a su nombre por añadidura, Dan negó con la cabeza y contestó:

—No. Nada grave, no te asustes. —Hablaba deprisa y todavía un poco sin aliento, lo cual no contribuyó mucho a tranquilizar a Little B—. Es solo que William dice que necesita ir al baño.

Little B estaba tan seguro de que Dan había regresado porque estaban a punto de detenerlos, que por un primer momento no fue capaz de reaccionar al oír su respuesta. Creyó que su colega acababa de inventarse aquello, para no alarmarlo y que no sufriera hasta que los policías de paisano hubieran caído sobre ellos, y la cosa no tuviera remedio.

Miró de nuevo al pasillo, y abrió oído. Pero allí no apareció nadie más, y aquella parte del apartamento continuó en silencio.

El sonido chirriante de las patas de una silla al ser arrastradas por el suelo le sobresaltó, y le hizo volverse hacia Paul. Este se estaba poniendo en pie. Dejó sus cartas sobre la mesa y dijo, solícito:

—¿Necesitáis mi ayuda?

—Sí, Paul —contestó Dan—. Será mejor que estés con nosotros para abrirle la puerta. Tú le das más miedo que Reggie y yo juntos.

Le sonrió un poco al grandullón, y este sonrió también, complacido. Pero el gesto se borró de su cara cuando Dan añadió:

—Además, también necesitaremos que te quedes vigilando el callejón, mientras salimos a tirar la basura.

A Little B le pareció ver que Paul titubeaba. Uno de los puños del cantante se cerró con fuerza, y luego se abrió poco a poco, como si su dueño estuviera tratando de calmarse, o de contenerse y no decir algo en voz alta.

«Parece que la noticia no le ha hecho mucha gracia», pensó el rapero.

—¿Eso te lo ha dicho Reggie? —preguntó Paul.

A Little B le extrañó la pregunta, pero Nobody ni siquiera parpadeó. Volvió a negar, respondiendo:

—No. Ha sido idea mía. —Tomó aire otra vez, llevándose la mano al costado, con un pequeño gesto de dolor, y continuó—: Sería para hacer lo mismo que has hecho antes aquí, en el salón. Solo quedarte detrás de la puerta, mientras vamos a los cubos y volvemos, por si necesitamos un refuerzo.

Tomó aire de nuevo, aún con la mano sobre las costillas. Little B aprovechó para preguntar:

—Entonces, ¿todavía no habéis salido siquiera?

—Claro que no —contestó su colega, mirándole con algo de sorpresa—. Solo me ha dado tiempo de entrar en el baño. Ahora ha entrado Reggie. —Volvió a mirar al grandullón—. Paul, recuerda que la puerta del callejón no puede cerrarse desde fuera. Si no la vigilas, mientras Reggie y yo vamos a la esquina, se quedaría desprotegida.

Paul asintió.

—Es verdad —convino.

Viendo las evidentes dificultades que tenía su colega para respirar, Little B se apresuró por preguntar:

—¿Estás bien, hermano?

Nobody asintió varias veces.

—Sí. No he debido correr, eso es todo. Se me pasará en seguida —respondió.

De nuevo, no logró calmar a Little B. Estaba algo más tranquilo al saber que no se encontraban ante un inminente ataque y la subsecuente detención. Pero Dan mantenía la mano sobre su costado lesionado, y respiraba como un pez.

—Tal vez debería ir Paul con Reggie a tirar la basura y quedarnos nosotros dos en la puerta, vigilando —aventuró Little B, con un mohín.

Soltó sus cartas también sobre la mesa, e hizo la intención de ponerse en pie, pero Dan negó, decidido.

—Puedo ir yo, de verdad. —Miró otra vez a Paul—. Cuando Reggie y yo volvamos de los cubos, nosotros vigilaremos la puerta desde fuera para que no entre nadie.

—De acuerdo —respondió Paul.

Acudió a reunirse con él, sacando su pasamontañas del bolsillo. Dan se volvió hacia Little B para decirle:

—Colega, cúbrete la cabeza tú también hasta que regrese Paul, por lo que pueda pasar. Pero quédate aquí, ¿vale?

—Está bien —asintió Little B, a regañadientes.

Nobody le hizo una seña con la cabeza a Paul.

—¿Vamos?

El grandullón sonrió, haciéndole un gesto con la mano hacia el pasillo, y respondiendo:

—Detrás de ti.

Dan soltó una risita, un poco nerviosa y sin aliento. Le hizo un saludo con la mano a Little B.

—¡Ahora volvemos! —le dijo, tratando de parecer jovial.

Y sin más, desapareció deprisa por el pasillo. Paul se dispuso a seguirle. Pero en el último segundo, se volvió para mirar a Little B, e hizo la intención de decirle algo. El rapero ya estaba preguntándose de qué podría tratarse, cuando Paul puso de pronto cara de espanto y se tapó la boca con una mano, señalando a la ventana con la otra.

«¡Los tipos! ¡Estaban ahí! ¡Nos han visto!», pensó Little B.

Se levantó de un salto, se volvió hacia la ventana y reuló, todo a la vez. Se golpeó la espalda contra la mesa, y estuvo a punto de volcarla sobre el sofá. Las patas de la mesa y de su silla chirriaron al arrastrarse contra el suelo, y Little B trastabilló hacia atrás. Perdió el equilibrio. Menos mal que logró agarrarse *in extremis* al borde de la mesa con las dos manos, porque de lo contrario, mesa, silla y rapero habrían acabado hechos un confuso revoltijo en el suelo.

Y entonces se dio cuenta de dos cosas.

La primera era que no había nadie mirándoles por entre los barrotes. Al otro lado de la reja que había entre la ventana y la calle, todo parecía estar tan desierto como la última vez que se asomó. No-había-nadie. Nadie.

La segunda fue una risita divertida entre dientes, procedente del umbral del pasillo. Little B se giró, a tiempo para ver desaparecer a Paul, riendo para sí, con la mano sobre la boca para que no se le escuchara.

Rápido como el rayo, y también bastante molesto, que todo había que decirlo, exclamó:

—¡Muy gracioso, Paul! ¡Tienes la gracia donde las avispas! ¿Me oyes? ¡Con ciertas cosas no se juega!

La única respuesta que pudo escuchar fue el eco de sus risitas ahogadas, y el de sus pasos, lentos y pesados, por el pasillo.

Little B soltó un profundo suspiro, llevándose una mano al corazón. Lo sentía redoblar con tanta fuerza, que parecía querer salirse de su cuerpo de un momento a otro.

—¡Ya le vale a Paul, con sus bromitas! —rezongó en voz baja para sí, temblando todo entero—. Me ha dado un susto de muerte. ¡Cómo se nota que él no ha visto a esos tipos!

¿Y de verdad no había intrusos? ¿Había sido todo producto de su imaginación?

Receloso, y todavía con el corazón palpitante, se acercó de puntillas a la ventana. Espió con precaución a un lado y al otro, por el jardincito y la acera... Divisó el pobre coche, que continuaba reluciendo al sol allí en medio, solitario, y estiró el cuello para tratar de ver algo en la carretera. Una vez más, no logró divisar a nadie. Ni siquiera un coche que pasaba, o un transeúnte, o un perro...

—Este lugar da mala espina —murmuró.

Y sin pensarlo, agarró una pata de la cortina con cada mano, y las echó con un gesto brusco y preciso. Se cercioró de que no hubiera huecos por los que pudieran verlos desde fuera, y luego asintió, satisfecho.

—Los problemas de uno en uno, y cuantos menos, mejor —se dijo en voz baja—. Ya con William suelto por el apartamento tenemos bastante...

\*\*\*

Lo primero que hizo Dan Nobody nada más entrar en el pasillo fue dirigir la mirada al fondo, a la puerta del baño. Sintió alivio al comprobar que permanecía cerrada, y que no había ni rastro de Reggie por ninguna parte. Menos mal. No había sido su intención hacerles esperar, ni a Reggie ni a William. Sobre todo a William...

Tratando de ignorar las punzadas de protesta que le lanzaba su costado, Dan apretó el paso un poco más.

—¡Hay que ver cómo se ha puesto Little B por una bromita de nada! —comentó Paul en voz baja, a su espalda.

Dan se volvió para mirarle por encima de su hombro.

—El pobre ha tenido mucho miedo —contestó.

—Nosotros también —dijo Paul—. Pero ya ha pasado. Tampoco ha sido algo como para quedarse asustado durante el resto del día.

Dan esbozó una sonrisita y se encogió de hombros por toda respuesta. No pudo evitar pensar: «Entonces, ¿por qué te has puesto tan serio, cuando te he dicho que te quedaras vigilando la puerta de atrás?». Pero prefirió no hablar de ello. El costado le dolía demasiado. Y tenía otras



cosas en la cabeza...

\*\*\*

Little B sacó su propio pasamontañas y se lo puso deprisa, con dedos todavía algo temblorosos. Mientras se lo colocaba bien sobre los ojos, se dio cuenta de que el salón se había quedado bastante oscuro, ahora que tenían las cortinas echadas. Caminó de puntillas, despacio, hacia el interruptor para encender la luz.

Una vez hecho esto, estiró el cuello para asomarse con precaución por el umbral del pasillo. Lo único que consiguió ver fue la alta figura de Paul, de espaldas, cerca ya de la puerta de William.

«¡Ahí va el bromista!», se dijo. «Me pregunto si se reiría igual si llegara yo ahora por detrás y le hiciera cosquillas en los costados. Apuesto a que daría un salto hasta el techo, ya te digo».

Espió a los lados de Paul, por si conseguía ver a Nobody, pero lo único que pudo adivinar de él fueron sus botas, caminando por delante de los pies del grandullón.

Preocupado, Little B se retiró del umbral y se sentó sobre el brazo del sofá, junto a la mesita del teléfono. Se cruzó de brazos. Era un alivio saber que no les estaban atacando, pero su intuición no le tenía los nervios de punta en vano. Aquí había cosas muy extrañas.

Cosas como ver a Dan caminando delante de Paul, y por tanto, situándose entre la puerta de William y el grandullón... Con el miedo que le tuvo Dan a William ayer, que no quería ni acercarse al pasillo cuando llegaron...Lo lógico sería que caminara detrás de Paul, ¿no? No delante. Eso de ir delante era algo propio de Reggie, no de su colega...

Cosas como esta de venir a buscarles para llevarse a Paul como refuerzo. De nuevo, ¿no le correspondía a Reggie hacer algo así? Hasta ahora, desde luego, lo había hecho él, no Dan.

Cosas como Dan tomando decisiones... ¿No era eso lo que había dicho? Dijo que venir a buscar a Paul había sido decisión suya.

«¿Y en qué anda Reggie, entonces?», se preguntó Little B, confuso. «Dice que ha entrado en el baño, pero ¿por qué está Nobody haciendo cosas de jefe? Cosas que normalmente hace Reggie y nadie más... ¿*Tanto* ha cambiado mi colega? Porque vale que se le esté contagiando la valentía de Reggie, pero aún así todo esto me parece mucho cambio junto...».

También cabía la posibilidad de que hubiera sido Reggie quien le hubiera pedido a Dan que hiciera esas cosas en su lugar, mientras él iba al servicio. A Little B le parecía extraño, con lo controlador que era el jefe para todo. Pero Nobody decía que estaba agotado, así que quizás era por eso.

Se mordió los labios con ansiedad. Le había parecido entender que ahora iban a ocuparse de que William también fuera al baño, y que luego saldrían al callejón. Vaya, que el tema de

averiguar si había intrusos ahí atrás estaba todavía por resolver. Little B se sintió de pronto muy solo y desvalido aquí, sin sus amigos, en el salón vacío. Se preguntó si debería irse con Paul dentro de un ratito, a vigilar la puerta de atrás. No que él pudiera hacer mucho, con lo bajito y canijo que era, pero al menos se darían compañía el uno al otro.

«Y Nobody con el dolor en el costado», pensó. «Debería haberse quedado aquí conmigo, como hizo ayer. Reggie no le dejará salir fuera si tiene dolor, ¿verdad que no?».

Levantó la cabeza para mirar de nuevo al umbral del pasillo, pero allí no apareció nadie. Abrió oído a los sonidos que le llegaban del otro lado, pero hasta donde pudo escuchar, todo estaba en silencio. Little B volvió a suspirar, ansioso. Le quedaban unos minutos muy tensos de espera hasta que regresara Paul...

## Capítulo 2

Paul y Dan se encontraban ya en mitad del pasillo, cuando la puerta del baño se abrió y apareció Reggie. Dan lo vio mirar un momento alrededor, desorientado, y volverse para apagar la luz del servicio. Pero luego pareció pensarlo mejor, porque la dejó encendida y se apartó del umbral, sacudiendo la cabeza para sí. Entonces les vio.

En cuanto la mirada de Reggie se posó sobre ellos, sonrió, y para Dan el pasillo entero pareció llenarse de luz, como si el propio sol hubiera logrado colarse por la rendija que había debajo de la puerta negra del fondo, para venir a iluminar este lugar sucio y cutre con su luz dorada.

No le quedó más remedio que sonreír también al verle, a pesar de que estaba un poco nervioso, y todavía algo sin aliento. Se sentía de pronto inseguro. ¿Qué iba a decir Reggie? ¿Le parecería bien su decisión? A él le parecía que era la correcta, y por su sonrisa, intuía que al otro chico también, pero era imposible saberlo con seguridad, hasta que hubiera podido oírlo de sus propios labios.

¡Pero qué guapo estaba ese chico! Tenía ahora mucho mejor aspecto que cuando entró en el servicio. Parecía estar más alerta y despejado. Le brillaban los ojos, y sus mejillas estaban sonrosadas. Los rizos de su flequillo y de los lados de su rostro estaban húmedos, y se ondulaban, enmarcando sus rasgos de un modo que a Dan le pareció adorable.

«Hasta sus ojeras parecen haber mejorado. Apenas se ven», pensó, sintiendo que el corazón se le inflamaba de amor dentro de su pecho. «¿Cómo lo habrá hecho para ponerse tan guapo en tan poco tiempo, sin descansar ni nada?».

El rapero tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no saltarle al cuello y comerle la boca, como diría el propio Reggie. Por supuesto, no lo hizo. Logró retenerse y comportarse como el chico prudente y recatado que era. Pero no fue por falta de ganas...

De todas formas, aunque no pudiera asaltar físicamente a Reggie y comérselo a besos allí en medio, porque estaban acompañados y había que hacer otras cosas, y aunque tampoco pudiera decirlo en voz alta, Dan se sentía muy afortunado por tener el chico más precioso y maravilloso del mundo. Ahora que por fin había podido empezar a descubrir a Reggie, no cambiaría esto por nada, ni a él ni su relación. Este hombre delgado y blanco que le aguardaba sonriente a pocos pasos, era la persona adecuada para él. Y Dan se sentía feliz de haber podido conocerle.

Su costado eligió ese preciso momento para darle otra punzada, y Dan tuvo que recurrir a su fuerza de voluntad, una vez más, pero en esta ocasión fue para no encogerse de modo reflejo. Lo consiguió, y permaneció erguido. No obstante, una de sus manos trepó por su cuenta hacia la lesión. Suerte que logró sentirla a tiempo, y la obligó a bajar, esforzándose por caminar más erguido y por respirar flojito, para no desencadenar otra crisis de dolor. No quería exteriorizar nada de lo que sentía. No quería preocupar a Reggie.

Sin embargo, no le quedó más remedio que aflojar el paso. La pequeña carrerita que había echado de aquí al salón, unida a la tensión de saber que iban a abrirle la puerta a William, se habían cobrado su precio, y ahora le costaba respirar, y si quería hacerlo, tenía que ser a base de dolor...

¡Qué mala suerte! Cada vez que su cuerpo tenía a bien recordarle que estaba lesionado, Dan sentía la misma oleada de frustración e impotencia. Reggie y Paul también lucían sendos hematomas, pero los suyos estaban en la barbilla, y no les impedían hacer cosas tan básicas como correr o respirar.

El suyo estaba en las costillas. Y aunque hoy se encontraba mucho mejor que ayer por la tarde, el bulto todavía se palpaba muy bien, incluso por encima de la ropa, y le dolía con algunos movimientos y ciertos esfuerzos. Ahora mismo, por ejemplo, habría querido echar otra carrerita de regreso, pero no se había atrevido, para no provocar otra de esas punzadas terribles que le daban de vez en cuando, que le cortaban hasta la respiración. Y aún así, le estaban dando...

La sensación de impotencia era peor porque Dan quería ayudar, y el dolor le entorpecía y le limitaba bastante. Y luego estaba Reggie...

Reggie, que era muy consciente de que Dan estaba lesionado, y siempre estaba pendiente de él, espionando sus gestos y expresiones, y tratando de anticiparse a sus necesidades. Reggie lo veía todo, cada mueca de dolor y cada mala cara, lo había visto desde el principio, desde ayer que llegaron aquí. Lo veía y se preocupaba, y sufría...

Si Reggie se daba cuenta de que la lesión le estaba molestando, le mandaría al salón, para que se sentara allí con Little B. Le dejaría atrás, y se iría él solo a tirar la basura, Dan estaba seguro de ello. Lo haría para cuidar de él y no ponerle en peligro, pero Dan se quedaría sufriendo por él hasta que regresara. Por mucho que hablaran de ello, Reggie no parecía acabar de entender que esa angustia era para Dan mucho peor que cualquier punzada que pudiera darle su lesión.

Dan quería ayudar a Reggie, acompañarle, y quitarle toda la carga que pudiera. No quería ser el novio lesionado que siempre se quedaba atrás. La rabia y la impotencia que le producían el hecho de estar lesionado en primer lugar le consumían...

\*\*\*

Nada más salir del baño, Reggie vio venir a Dan, seguido de la imponente figura de Paul, caminando deprisa por el pasillo para reunirse con él.

«Ah, ha ido a buscarlo», pensó. «Me alegro. Tal vez sea mejor así».

Paul venía muy serio, con su pasamontañas en la mano. Le sonrió fugazmente a Reggie al verlo aparecer, dirigiéndole una mirada de complicidad. En cuanto a Dan, también traía una sonrisa en los labios, un poco nerviosa en su caso, pero encantadora.

Caminaba deprisa, muy erguido. Sin embargo, a Reggie no se le pasó por alto que su mano

izquierda trepó por su propia voluntad hacia su costado lesionado. Dan también debió darse cuenta, porque en seguida la detuvo y volvió a bajarla despacio, irguiéndose un poco más. Alzó la barbilla, como si quisiera decirle sin palabras a Reggie, y al mundo entero por extensión, que no le dolía nada y que estaba perfectamente. Pero hacía falta mucho más que todo eso para lograr engañar a Reggie...

«Le duele», pensó este, frunciendo un poco el ceño, inquieto. «Y tal vez por eso ha ido a buscar refuerzos. No le culpo, ¿eh? Al contrario. Hay que ser muy valiente para reconocer que uno no puede hacer algo, e ir a pedir ayuda. Danny lo ha hecho dos veces hoy. Le admiro por eso».

\*\*\*

La cara de Reggie cambió de repente. Su sonrisa se esfumó. Frunció el ceño, y sus ojos se entornaron, mirando ora al rostro de Dan, ora a su costado izquierdo, con desconfianza.

«Se ha dado cuenta», pensó el joven rapero. «Y eso que me he esforzado mucho por ocultarlo. Pero Reggie lo ve todo y lo capta todo, hasta el gesto más sutil».

Sin embargo, Dan no podía dejar de aparentar normalidad. Para él era demasiado importante que Reggie no le sacara del plan. De modo que, en cuanto llegó a su lado, se apresuró por hablarle en voz baja, a pesar de encontrarse todavía un poco sin aliento por el dolor:

—Necesitamos a Paul, Reggie... Y no solo por William...Alguien tiene que quedarse en la puerta vigilando... Mientras nosotros salimos.

Reggie pareció darse cuenta también de que le faltaba el aire, porque rodeó su cuerpo con un brazo, protector y tranquilizador.

—Es verdad —contestó, también en susurros—. Esa puerta no puede cerrarse desde fuera. Lo había olvidado. Menos mal que estabas tú aquí, cariño.

Se inclinó a un lado para besarle la mejilla, y Dan volvió a sonreír. Era reconfortante sentir el brazo de Reggie alrededor de su cuerpo, y el calor y la humedad de sus labios en su piel. También lo era escuchar su tono suave y amable. Y el hecho de que no hubiera mencionado que se había dado cuenta de que a Dan le costaba respirar, y por tanto, que tampoco hubiera dicho nada de la lesión de su costado, le resultó tranquilizador. Eso quería decir que el plan continuaba adelante, ¿verdad? Que no iba a mandarlo al salón...

Reggie continuó abrazándole cuando levantó la vista hacia Paul para preguntarle:

—¿Qué te parece la idea de quedarte vigilando? —Y antes de que el cantante pudiera contestar, añadió—: Me refiero a quedarte aquí dentro, por supuesto. No voy a pedirte que salgas, a menos que nos veas en problemas.

Paul asintió y contestó:

—Me parece bien. Os esperaré aquí.

\*\*\*

Reggie asintió a su vez, conforme. Mejor así. Lo último que quería en el mundo era que a Paul le diera una crisis de pánico por tener que asomarse a la puerta. Era un alivio saber que aún podían seguir contando con él para esto, aunque fuera pleno día. Porque lo que era Little B... Con ese sí que no se podía contar para nada que tuviera que ver con la calle. Ni tampoco que tuviera que ver con William, por otra parte...

Ahora bien, Dan era otra cosa. De hecho, para Reggie en este momento era un problema, porque ¿qué iba a hacer con él, a ver?

«Le prometí que iríamos los dos a una en todo», recordó. «Y quiero cumplirlo. Pero si no puede ni respirar por el dolor... ¿Cómo voy a pedirle que se quede para abrirle a William? ¿Y si este nos hace un extraño? Y lo de salir a la calle es mucho peor... ¿Y si hay que correr? ¿Pondré a mi amor en peligro, por querer tenerle siempre a mi lado?».

Como si estuviera leyéndole el pensamiento, Dan puso una mano sobre su brazo y lo apretó con cuidado, cuchicheando:

—Antes...Hay que abrirle a William, Reggie...

El batería volvió la vista de nuevo hacia él. Dan continuaba sin aliento, y tenía mala cara. Apenas se encontraron sus miradas, hizo una pequeña mueca de dolor, y se llevó la mano al costado, la derecha esta vez, encogiéndose sobre sí mismo.

Reggie reaccionó por instinto. Su cuerpo se pegó al suyo, tratando de servirle de punto de apoyo, y que Dan pudiera dejarse caer sobre él. Le rodeó con ambos brazos, sosteniéndole, y murmuró:

—¿Te duele el costado, mi vida?

\*\*\*

Dan cerró los ojos e hizo una mueca de impotencia y frustración. Esta última punzada había sido más intensa que las anteriores. De hecho, si no hubiera estado acompañado, se habría doblado en dos. No lo hizo por dignidad y por pura fuerza de voluntad, una vez más.

—¿Te duele el costado, mi vida? —preguntó Reggie.

Su voz, grave y con esa leve ronquera tan característica, sonó suave y preocupada, cerca de su oído. Sus brazos le rodearon y le apretaron contra sí con delicadeza, el derecho en su espalda

y sujetando su costado sano, y el izquierdo en su hombro. Dan apretó los párpados y suspiró entrecortadamente, tragando saliva. Se apoyó en el cuerpo de Reggie que estaba, sólido y firme, apretado junto al suyo. Contuvo ahora la respiración. Aguardó...

El dolor empezó a ceder por fin. Respirando flojito, Dan pudo sentir el aroma de Reggie, a ropa limpia y tabaco. La carita del otro chico estaba cerca de su rostro, y pudo notar que olía distinto. Tenía un aroma más fresco, como si acabara de lavarla con agua y jabón.

Dan se concentró en este otro olor. Le ayudó a despejarse y a respirar mejor. Agradecido, apoyó la nariz en la mejilla de su compañero y se ocupó de tomar aire despacio, y de volverlo a soltar. Lo consiguió sin que volviera el dolor, y le pareció un logro maravilloso.

—Estaba bien —murmuró, aún con los ojos cerrados, sin moverse—. Pero he corrido un poco... Y parece que a mi lesión no le ha gustado.

—¿Se te va pasando? —preguntó Reggie.

Dan asintió, y al hacerlo, su frente sustituyó a su nariz sobre la mejilla de Reggie.

—Sí —contestó—. Pronto estaré bien.

Sintió que Reggie se movía. Intrigado, Dan abrió los ojos y levantó la cabeza para mirarle. Le sorprendió cambiando una expresión preocupada con Paul, y sintió una cosa fría bajarle por la espalda.

«Me va a mandar que me vaya al salón, ya lo verás», pensó. «Es capaz de ordenármelo si hace falta. ¡Haz algo, Danny! No estás tan mal. ¡Pero él no lo sabe! ¡Haz que lo vea! ¡Demuéstraselo!».

—Estaré bien, Reggie, de verdad —repitió, con más decisión, irguiéndose otra vez, poco a poco—. Ya puedo respirar mejor. En seguida se me pasará y estaré como nuevo.

Reggie volvió a mirarle, sin variar su expresión seria y grave.

—¿Crees que podrás estar con nosotros mientras le abrimos a William? —preguntó.

Dan asintió. Pero Reggie no pareció convencido en absoluto, porque insistió:

—Si estás dolorido, no lo pienses, Danny. Vete al salón con Little B y descansa. Recuerda lo que te he dicho sobre hacer de héroe, ¿vale?

Dan apretó los dientes.

—No voy a irme con Little B —murmuró.

—Danny...

—No soy el novio cobarde que siempre se queda atrás.

—No te he llamado cobarde, tesoro —contestó Reggie, un poco sorprendido ahora—. Al contrario. Para mí ha sido muy valiente lo que has hecho de ir a llamar a Paul.

—Para mí también —intervino Paul de improviso, con voz queda y suave.

Dan sacudió la cabeza. Tomó aire despacio, una vez más, y pudo comprobar con alivio que su costado solo le enviaba una punzada pequeñita, que después le dejó un leve resquemor, nada que ver con lo de antes. Pasó la mano derecha por encima del hematoma, para tratar de apaciguarlo, y murmuró, sereno y decidido:

—Voy a quedarme aquí. Puedo hacerlo.

Reggie hizo una mueca, mezcla de dolor y pesar, y protestó:

—Danny, mi vida...

—Reggie, quiero estar contigo. ¿Puedes entender eso?

Reggie cerró la boca con fuerza. Sus ojos azules se quedaron por un instante mirando los suyos, y al fin, murmuró:

—Sí. Y yo quiero que estés.

Dan continuó manteniéndole la mirada sin parpadear.

—¿Entonces...? —susurró—. ¿Por qué estamos discutiendo, si los dos queremos lo mismo?

La mirada de Reggie se volvió hacia la puerta cerrada de William. La señaló con la barbilla y contestó:

—¿Qué haremos si William nos hace un extraño? ¿Y si le da por atacarte, y coincide que tienes ese dolor que no te deja respirar?

Dan abrió la boca para hablar, pero de modo inesperado, volvió a intervenir Paul a su favor.

—No le tocará ni un pelo, Reggie —dijo, muy seguro—. No te preocupes, porque si William intenta atacar a Dan, tendrá que pegarme a mí primero.

Dan se volvió para mirar al cantante, sorprendido. Su rostro estaba muy serio, y sus ojos claros le miraron desde arriba a su vez con decisión.

—Tienes un par, Nobody —le dijo—. Estás ayudando todo lo que puedes, y desde el principio, además. Por eso estás lesionado en primer lugar. Reggie y yo cuidaremos de ti. —Miró ahora al batería, añadiendo—: Somos un equipo, ¿no?

Reggie le miró a su vez, serio y con expresión impenetrable. Pareció pensarlo durante un instante, antes de contestar:

—Sí. Lo somos. —Se sacudió y se movió para sacar su pasamontañas del bolsillo—. Está



bien, chicos. Vamos. El pobre William no tenía mucha espera, y hemos pasado mucho rato aquí discutiendo. Cuanto antes acabemos con esto, mejor para todos.

## Capítulo 3

Reggie se puso de prisa su pasamontañas, observando de reojo a Dan, mientras este y Paul se cubrían también. El rapero parecía respirar de nuevo más a sus anchas, y sus movimientos eran firmes y seguros. Todo indicaba que la crisis había pasado de veras, o que había mejorado bastante, y eso le tranquilizó.

Paul tenía razón. Dan peleó ayer como una fiera durante el rapto, y desde el principio había demostrado la voluntad sincera de querer ayudar, a pesar de estar a ratos incapacitado por el dolor, o a pesar de estar en otros momentos paralizado por el miedo. Dan siempre estaba ahí, dispuesto a hacer lo que fuera para llevar la misión a buen término.

Fue precisamente el recuerdo de la pelea de ayer lo que decidió a Reggie a ceder. Si Dan pudo ayudarle a vencer a Troy —de hecho, fue una de sus patadas lo que dejó al dragón fuera de combate, al menos durante el tiempo suficiente para que Reggie pudiera arrastrar a William—, y si pudo ayudarle a pelear con William para meterlo en el coche, desde luego que también podría hacerle frente hoy, a lo que fuera que hiciera el prisionero cuando se viera suelto.

«He vuelto a olvidar que mi Danny es tan hombre como yo», pensó. «Y tan capaz como yo... O tal vez más, porque tiene más músculos... Le quiero, y me duele verle sufrir, y eso me pierde. Me alegro de que haya insistido. Y me alegro de que Paul haya intervenido, y de que también esté dispuesto a proteger a este precioso ángel».

Ahora bien, acerca de eso de que eran un equipo, Reggie tenía sus serias dudas. Pero prefirió no entrar en esa discusión en aquel momento.

Le gustaría que lo fueran, conste. Siempre era mucho mejor tomar las decisiones en equipo que tener que hacerlo uno solo. Pero en la práctica, Reggie era dolorosamente consciente de que no lo eran. Y eso no era culpa de Dan, todo lo contrario. Él era el único que demostraba verdadera voluntad de trabajar en equipo. Pero, ¿Paul y Little B? Ni en sus sueños.

«Paul no es un mal tipo», pensó Reggie, mientras se situaba el pasamontañas de modo que pudiera ver bien por los orificios para los ojos. «Y Little B tampoco, en realidad. Es una cuestión de la personalidad de cada uno».

Le echó una ojeada disimulada al cantante, que se ocupaba de cubrirse su propia cabeza. El problema de Paul era que no tenía mucha iniciativa, necesitaba que le dirigieran. Si por él fuera, se pasaría el día entero sentado jugando a las cartas.

En cuanto a Little B, le daba miedo de casi todo en esta vida. Reggie no podía contar con él para nada, y menos ahora que ya no tenían coche. Eso sí, por suerte, él solito se ocupaba de mantenerse entretenido, y de mantener también entretenido a Paul, lo cual no era poco...

Reggie no quería ni pensar en la posibilidad de tener a sus dos compañeros aburridos, impacientes, discutiendo por todo y dándose cabezazos contra las paredes. Era un escenario que

podría darse, y sin embargo, aún no había ocurrido. Sospechaba que en gran parte se lo debían a Little B, y daba gracias por ello.

Se volvió de nuevo hacia Dan. Este le sostuvo la mirada, decidido, desde detrás de su propio pasamontañas, y Reggie le sonrió un poquito con ternura.

«¡Qué suerte he tenido con los compañeros que me han tocado!», pensó. «Sobre todo con Danny. No solo por lo nuestro... Es que con él sí puedo formar equipo, y me siento tan afortunado... No quiero volver a olvidarlo. Ya no estoy solo. Ya no tengo que tratar de poder con todo».

\*\*\*

Dan miró a Reggie con decisión, y también con un poquito de desconfianza. No entendía muy bien por qué estaba observándole ahora. ¿Tal vez no se creía que estaba bien? ¿Necesitaba estudiarle un rato más? ¿Y a qué venía esa sonrisita, entonces?

De pronto Reggie le sorprendió por completo, acercándose más a él para dejarle un besito fugaz en los labios.

—Te quiero mucho, Danny —le cuchicheó.

Y antes de que Dan pudiera responder de algún modo, se apartó y se acercó a la puerta de William, diciendo, con voz alta y clara:

—¡William! ¿Estás listo?

—¡David, por Dios! —contestó William al otro lado—. ¡Creía que te habías muerto! ¡Estoy más que listo, hombre! De hecho, si tardas un segundo más, ni siquiera podré andar, y tendrás que llevarme en brazos de aquí al baño. ¡Y si tardas dos segundos, tendrás que ir a por una fregona! ¡Estás advertido!

Dan escuchó que Paul se reía entre dientes. Levantó la vista hacia él, y vio que volvía la cara, cubriéndose la boca con una mano, para intentar que no se le escuchara. Esbozó una sonrisita a su vez. La verdad era que este William era ocurrente como él solo. Pero en este momento, Dan estaba demasiado ocupado tratando de respirar tranquilo y calmado, para mantenerse sereno, y también para no desencadenar otra crisis de dolor. No tenía demasiadas ganas de risas. No quería bajar la guardia, ni con su propio costado, ni por supuesto, con William.

«Está en juego la seguridad de Reggie», se dijo. «En realidad, no sé cómo puede Paul pensar en reírse. Será porque es alto y fuerte, y confía en su envergadura y su fuerza. Pero a mí no se me cae de la cabeza que, en cuanto Reggie abra esa puerta, estará al alcance de las manos de William. Si este consigue arrancarle el pasamontañas, aquí acabó todo para él».

William le dijo que no lo haría, pero aún así, Dan no se fiaba. ¿Quién sabía lo que era capaz

de hacer un hombre, en un momento de desesperación? Ni el propio William podía saberlo. Y Dan necesitaba proteger a Reggie, todo lo que pudiera y hasta donde pudiera.

—¡Ni medio segundo más, William! —contestó este.

Puso la mano sobre el cerrojo, y se volvió para mirarles por encima de su hombro. En voz baja, les preguntó:

—¿Estamos listos nosotros, chicos?

«No lo está preguntando por Paul, es por mí», dedujo Dan. «Me está dando la última oportunidad de irme con Little B».

Quizás. O quizás también estuviera dándole medio segundo más, para que el dolor se le pasase del todo, y Reggie pudiera estar seguro de que de verdad estaba bien. Tratándose de él, todo era posible.

Por su parte, Dan sabía lo que tenía que hacer. Paul asintió, mirando a Reggie con decisión. Dan se movió para situarse a su lado, en el hueco que quedaba entre el grandullón y la pared, y contestó:

—Listos, Reggie.

Los ojos del batería buscaron los suyos, y cuando sus miradas se encontraron al fin, Dan se sintió sobrecogido. Había muchas cosas en aquellos ojos, muchas más de las que él podría expresar con palabras. Había preocupación y decisión, intimidad y miedo. Había un «no quiero que te vayas», y a la vez, un «si te sientes en peligro, no lo pienses y huye». Esto último era claro, intenso y apremiante.

También había un «no quiero tener que hacerte pasar por esto», mezclado con un «te quiero», y un «pero sin ti yo no sería capaz de hacerlo». Incluso le pareció ver un «estoy tan orgulloso de ti...», aunque eso fue muy fugaz, y pudo haber sido solo su imaginación.

Reggie apartó la mirada en seguida, y la volvió hacia la puerta de madera. Su cuerpo se puso tenso, como el de un gato a punto de saltar sobre su presa. Dan intuyó que se estaba poniendo de nuevo el gorro de jefe, revistiéndose de autoridad para tratar con el prisionero. Le vio tomar aire profundamente, ansioso, y se le encogió el corazón...

Ese instante de vulnerabilidad que había demostrado su compañero, ese intercambio de miradas, se había quedado grabado a fuego en su alma. Dan podía comprender lo que estaba sintiendo Reggie, cada una de aquellas emociones, en apariencia contradictorias. Porque si él estuviera en su lugar, si por arte de magia, pudieran cambiar los puestos, él estaría sintiendo lo mismo. No, tal vez lo llevaría todo mucho peor. Al fin y al cabo, Dan no tenía la calma, la aparente frialdad, ni el carácter práctico de Reggie.

«Le quiero, y me duele verle sufrir así», pensó. «Esto es demasiado para él. Pero a la vez, no me queda más remedio que reconocer que es el mejor para el puesto. Absolutamente el mejor».

Y Dan se sentía orgulloso de poder llamarse a sí mismo su pareja. Reggie no sabía bien cuánto...

\*\*\*

William se retiró de la puerta de un salto en cuanto volvió a escuchar la voz de David al otro lado. Se situó a un paso de ella, alerta y preparado para cualquier cosa. Escuchó un cuchicheo en el pasillo, ininteligible para él, y pensó: «Está acompañado, tal vez por el grandullón, como siempre. He oído acercarse sus pasos, son inconfundibles. Según parece el tipo no es mudo. Ahora bien, el por qué no habla es un completo misterio para mí».

Misterio que por cierto, en este momento le traía sin cuidado. William se conformaba con que David le abriera la puerta y le diera acceso al baño, antes de que su pobre vejiga reventara de necesidad. Y sí, escuchó el chasquido del cerrojo en el exterior, y la puerta se abrió al fin ante él.

La familiar figura de David apareció en el umbral, vestido con su ropa negra, y con la cabeza cubierta por su pasamontañas, como todas las otras veces que William le había visto. Sus ojos azules eran vivos y atentos, y revisaron a William de arriba abajo, como si quisiera cerciorarse de que no llevaba escondida ninguna clase de arma, y que no suponía ninguna amenaza.

«¡Como si eso fuera posible!», rezongó William para sus adentros. «No se me ocurre qué arma podría improvisar yo, estando aquí encerrado. Como no le atice con uno de estos pesados libros...».

Pensándolo bien, un golpe bien dirigido a la cabeza con uno de aquellos tomos, debía hacer mucha pupa. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

«Porque quiero ir al baño, no enemistarme con David para los restos», se contestó. «Y si le golpeo con algo, no se morirá, pero sí se enfadará, y mucho. Hasta es capaz de no dejarme ir al baño nunca más, y a ver qué iba a hacer yo entonces... Además, no. ¿Qué demonios? David me cae bien. Me está ayudando mucho, a su manera, a pesar de no ser la persona más amable del mundo. No quiero hacerle daño».

En realidad, lo único que quería William era poder salir de allí de una vez. ¡Qué larga se le estaba haciendo esta horrible experiencia!

David pareció satisfecho con su inspección, porque esbozó una sonrisita y dijo:

—¿Qué me dices? ¿Tengo que llevarte en brazos, sí o no?

William se irguió en toda su estatura y contestó, muy digno y con la cabeza muy alta:

—Pero, ¿cómo puedes bromear en un momento como este?

—Tú eres quien ha tenido la idea, no yo —fue la razonable respuesta de David.

—¡Porque has tardado una barbaridad ahí dentro! —William señaló hacia el exterior, en la dirección general del baño, con una mano—. ¡En serio! ¡Creí que te habías ido por el desagüe! Claro que, con lo canijo que estás, no me sorprendería si cualquier día...

A William le pareció escuchar una risita entre dientes, mal disimulada, por detrás de la puerta entreabierta. Dedujo que debía ser el grandullón —¿quién más iba a ser, de todas formas? —, e hizo un mohín. Por su parte, David sonrió un poco más, y contestó:

—¡Mira quién fue a hablar de canijo! —Se apartó del umbral, y le hizo una seña con la cabeza hacia la puerta de enfrente, añadiendo—: Bueno, ¿qué? ¿Vamos?

—¡Creí que no lo dirías nunca! —exclamó William.

Y echó a correr hacia el baño.

\*\*\*

Dan vio a William salir de la habitación como una exhalación. Pasó por el lado de Reggie sin mirar alrededor, y se metió en el baño de un brinco.

«El pobre no podía más, vaya», pensó Dan, haciendo una pequeña mueca de simpatía.

—¿Puedo cerrar la puerta, David? —preguntó William desde el baño.

—¡Sí! —contestó Reggie.

La puerta se cerró en seguida, y Dan dejó escapar un leve suspiro, ansioso. Bueno, pues ya tenían a William fuera del cuarto. Ahora a ver cómo terminaba este episodio...

Apenas estuvo cerrada la puerta, Reggie se volvió hacia Paul, que todavía estaba haciendo esfuerzos por no reírse en voz alta, tapándose la boca con una mano, y le espetó, en un exasperado susurro:

—¡Paul, si le ríes las gracias, dejarás de darle miedo!

—¿Qué quieres, si no puedo evitarlo? —dijo Paul, también en voz baja—. ¡Es como Little B! ¡Cada cosa que dice es graciosa!

Reggie sacudió la cabeza. Sus ojos se volvieron ahora hacia Dan. Este no pudo dejar de maravillarse del color azul tan intenso que adquirían cuando Reggie tenía puesto el pasamontañas negro. Su piel se veía más blanca de lo habitual en contraste, y sus ojos parecían más grandes, con la mirada más intensa.

—¿Cómo sigues? —le preguntó el batería, dirigiéndole una expresión seria y algo preocupada—. ¿Te duele?

Dan negó con un gesto y respondió:

—Estoy bien.

La realidad era que el dolor aún no había desaparecido del todo; todavía le quedaba un cierto resquemor sordo, cada vez que respiraba hondo. Pero sabía que era mera cuestión de tiempo que eso también mejorase, y que volviera a encontrarse bien, así que no vio la necesidad de contarle este detalle a Reggie.

No obstante, este debió creerle solo a medias, una vez más, porque volvió a estudiarle durante unos instantes, antes de asentir. Luego se volvió hacia la puerta de William, y la abrió del todo, de modo que casi parecía un parapeto, ocupando medio pasillo.

—Abramos aquí, Paul —murmuró—. Que se ventile un poco esa habitación.

Y empezó a dar pequeños paseos arriba y abajo por delante de la puerta cerrada del baño, como una fiera enjaulada.

«Está nervioso», pensó Dan. «Y yo también. Reggie lo pasa tan mal con esto como cuando tiene que llamar a Troy. Curioso, porque las otras veces, cuando no he venido con él, no me he dado cuenta. En el salón lo disimula muy bien. Pero le comprendo. Arriesga mucho, lo estoy diciendo desde el principio. Reggie es el que más está arriesgando aquí. Espero que todo esto merezca la pena, y que mañana pueda disfrutar de su concierto en paz».

\*\*\*

Dan no se engañaba, Reggie estaba muy ansioso. No veía el momento de que William volviera a estar en su habitación, para él poder salir al callejón. Necesitaba ver la calle y el sol, y sentir la brisa, ahora más que antes. Necesitaba la pequeña medida de sensación de libertad que todo ello le proporcionaba. Y necesitaba fumarse un cigarro o dos, desesperadamente.

De hecho, estuvo tentado de sacar el paquete de tabaco del bolsillo y prender uno ya, ahora mismo. No lo hizo porque no quería tener las manos ocupadas delante de William. No se fiaba de él.

Era verdad que Reggie lo pasaba muy mal cada vez que tenía que abrir la puerta de William para algo, bien fuera para llevarle la comida, o retirar la bandeja, o permitirle ir al baño, como en esta ocasión. Se sentía muy vulnerable, sí, incluso estando con Paul. Siempre le daba la sensación de que William iba a conseguir evadir su vigilancia de algún modo, y que iba a echar a correr hacia el salón... O que iba a hacer algo aún peor que eso, algo que Reggie no podía —ni quería— imaginar.

Desde luego, él trataba de compensar esa sensación de vulnerabilidad como mejor podía, y se esforzaba por estar muy atento y alerta a todos los movimientos y expresiones de su prisionero. Pero a estas alturas de la mañana, y después de todo lo que llevaban vivido en el día de hoy, Reggie se sentía muy cansado, y ya no tenía la capacidad de mantener ese nivel de alerta

durante mucho tiempo. Y aunque sabía que no estaba solo, y que sus dos compañeros también estaban aquí para bloquear cualquier tentativa alocada por parte de William, Reggie no estaba tranquilo.

Para empezar, porque Paul se tomaba todo esto a broma, no había más que verlo. Este sí que no tenía ningún nivel de alerta, vaya...

Y para terminar, por Dan. Reggie preferiría no obligar a Dan a tener que vérselas físicamente con William. El rapero decía que ya estaba bien, y Reggie le creía. Pero, ¿y si un movimiento brusco volvía a desencadenar otra crisis de dolor? ¿Y si algo tan simple como tratar de cerrarle el paso a William, ponía a su amor otra vez doblado en dos por el dolor? Reggie no quería verle sufrir por nada en el mundo. Pero menos todavía quería verle vulnerable y a merced del prisionero, para que este le pegara o le arrancara el pasamontañas...

«Aunque William no le hiciera daño al final», pensó. «Solo por tenerlo a su merced, ya estaríamos en desventaja. ¡No puedo bajar la guardia! No vamos a dar pie a que ocurra algo como eso. ¡No y no!».

El sonido de la cisterna interrumpió sus preocupadas cavilaciones. Reggie detuvo sus paseos, y abrió oído a los sonidos procedentes del cuarto de baño. Escuchó agua correr en el lavabo, y se volvió de nuevo hacia sus compañeros.

—Ya viene —cuchicheó, colocándose en posición, de pie delante de ellos.

Y en ese momento, cayó en la cuenta de una cosa. Antes de venir al servicio, había pensado en decirle algo a William. Recordaba haberlo hecho, e incluso habérselo dicho a Dan y a Paul... Pero, ¿qué era? Porque con tantos imprevistos como habían surgido en los últimos minutos, lo había olvidado...



## Capítulo 4

Mientras todo esto ocurría, Troy se encontraba sentado junto a Frank, delante de la mesa del detective que llevaba el caso. Este estaba anotando la dirección en la que los jóvenes habían encontrado el coche. Escribía deprisa, en una letra alargada y bastante ilegible, con un bolígrafo plateado de tinta negra, sobre un cuaderno de notas. Tenía las gafas en la punta de la nariz, y el cigarro en una comisura.

—Ya veo —dijo, con aire abstraído—. De modo que está desvalijado...

—Sí, señor —contestó Frank—. Pero solo hay que verlo para saber que es de alta gama.

Fidgerald emitió un gruñido de asentimiento, anotando unas palabras más.

—¿Y dicen que la matrícula es la misma? —preguntó, aún con la vista fija en el cuaderno.

Troy miró a Frank, y este respondió con decisión:

—La misma, señor.

—Curioso... —murmuró Fitzgerald para sí.

Continuó escribiendo cosas. Troy le observó por unos instantes, nervioso. De momento, el detective había dado muestras de creerles, pero él no se fiaba. Sabía por experiencia que con este hombre, todo eso podía cambiar de un instante para el siguiente.

Tomó aire profundamente y se removió un poco en su silla. Levantó la vista para mirar a Austin, que estaba de pie detrás de Frank, con las manos en los bolsillos de la cazadora. Su amigo pareció sentir su mirada, porque le miró a su vez, preocupado. Le hizo una mueca de contrariedad, como si pensara: «Qué mal rato, caramba». Y luego volvió a observar a Fitzgerald con asombrada fascinación. A Troy le pareció sentir que estaba impresionado por la presencia del detective...

«Y no le culpo», se dijo. «Fidgerald parece salido de una película».

Bajó la vista a la mesa, y aguardó con ansiedad, a ver cuál iba a ser la próxima pregunta del policía. Se dio cuenta de que aún podía sentir el peso de la mano de Hudson sobre uno de sus hombros. El abogado la había puesto allí en cuanto Troy se sentó, y la había dejado así, apretándole el hombro de modo conciliador cuando le veía especialmente nervioso.

A decir verdad, Troy se sentía molesto por este gesto del abogado. Le hacía sentir como un crío de quince años al que hubiera que mantener tranquilo para que no hiciera nada violento. En otras circunstancias, estas pequeñas cosas por parte de Hudson le habían hecho sentir comprendido y protegido. Hoy sin embargo, lo que sentía era rabia, y en algunos momentos, incluso exasperación. Le daban ganas de sacudirse esa mano de encima, volverse y decir: «¡Soy

adulto! ¿Vale?».

Por supuesto, no se planteaba hacerlo. No creía que un arranque semejante fuera a contribuir a que mejorase la opinión que Hudson y Fidgeald parecían tener sobre él, a saber, que no era más que un niño rebelde, impulsivo y peleón. Y nada más lejos...

Además, en el fondo, apreciaba y respetaba a Hudson, y creía que en realidad no lo estaba haciendo con mala intención, sino para ayudar a que Troy se sintiera acompañado y apoyado. Por supuesto, él tenía la sensación contraria, como si le estuviera sujetando porque no se fiaba de él. Pero suponía que eso no era culpa de Hudson. Troy estaba cansado, y esto de tener que andar con medias verdades con los adultos le tenía muy nervioso.

—¿Qué es lo que le falta al vehículo, exactamente? —preguntó Fidgeald por fin.

—Pues... Que hayamos podido ver, las cuatro ruedas —contestó Frank—. Ayer me fijé y vi que tenía llantas de aleación.

—Comprendo.

—Y las puertas, supongo que por los altavoces —añadió Troy—. Eran muy potentes. La música llenaba toda la calle.

Frank cambió una mirada con él y asintió, muy serio. En ese momento, y de modo inesperado, intervino Austin, solícito:

—También le faltan la radio y la batería.

Fidgeald levantó la vista hacia él, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí, y le observó por encima de sus gafas.

—¿Usted es...?

—Austin. Soy amigo de Troy. —Y como si se le acabara de ocurrir, añadió, más bajito—: Y también de William.

—Austin forma parte de nuestro grupo —explicó Troy.

—¿Y también ha visto el coche? —preguntó Fidgeald.

—Sí. Iba con nosotros.

—De acuerdo. —Fidgeald volvió a anotar cosas—. Así que también le faltan la radio y la batería...

—Sí, y está todo abierto, el capó y el maletero —añadió Austin.

Frank concluyó:

—No lo hemos tocado para no dejar nuestras huellas. Lo hemos dejado todo tal como

estaba.

—Bien —gruñó Fitzgerald. Miró a Troy—. ¿Y dicen que lo han encontrado gracias a un amigo suyo? ¿Era este amigo?

Señaló a Austin con el bolígrafo, sin apartar la vista de Troy. Este se apresuró por explicar:

—No, señor. Otro amigo distinto. Está trabajando y no ha podido venir.

El familiar pellizco de nervios volvió a alojarse en la boca de su estómago. Fitzgerald estaba preguntando por Ralph, justo lo que Troy más había temido que hiciera. A ver cómo se las apañaba para decir la verdad, sin perjudicar a esos chicos ni a sí mismo, y sin hacer enfadar al detective...

«Tarea imposible, me lo veo venir», pensó.

Por su parte, Fitzgerald se quitó el cigarro de la boca y preguntó, sin dejar de observarle por encima de sus gafas:

—¿Y dónde vive, ese amigo suyo?

—Am... Es de por allí. ¿Por qué lo pregunta? ¿Es eso importante?

Fitzgerald sacudió la ceniza de su cigarro en el abarrotado cenicero que tenía sobre la mesa, explicando:

—Es importante porque deduzco que debió llamarle mucho la atención. Quiero decir, que no deben ser una marca y un modelo habituales en la zona.

—No lo son, señor. Por eso me llamó.

—Ya le hemos dicho que es de alta gama —terció Frank.

Fitzgerald asintió. Troy se dio cuenta de que su pierna izquierda estaba moviéndose por su propia voluntad, dando nerviosos saltitos sobre la punta del pie. Agradeció la presencia de la mesa entre el detective y él. Así Fitzgerald no podría verlo.

—Está bien —dijo este—. No se preocupe, joven. No voy a pedirle detalles sobre su amigo. Lo importante es el coche. Teniendo eso, ya disponemos de material suficiente para poder trabajar.

Troy soltó un pequeño suspiro disimulado de alivio. Él sentía lo mismo, que el coche era lo único realmente importante aquí. Pero Fitzgerald siempre le había dado la impresión de ser impredecible, y este asunto de Ralph y el coche, y tener que andar con medias verdades le hacía sentir asustado e inseguro. Menos mal que el detective había decidido ser razonable por esta vez, y no preguntarle por Ralph y Sam. Troy agradecía poder mantener a esos chicos a salvo, al margen de todo esto.

«Solo quieren ayudar, y no están obteniendo nada a cambio», pensó. «Me parece que, lo

menos que podemos hacer por ellos, es mantenerlos fuera de la investigación. Pero nosotros no vivimos en el Bronx, y tenía que explicar de algún modo cómo hemos podido dar con el coche en un lugar tan inmenso...».

—Pues creo que ya he anotado todo lo que necesito —dijo Fitzgerald—. Si no tienen nada más que aportar sobre esto...

Para sorpresa de Troy, Austin intervino de nuevo.

—Disculpe, señor.

Fitzgerald se interrumpió, mirando al batería con una ceja levantada y aspecto de estar algo sorprendido a su vez. Austin le dio un golpecito a Troy en un brazo, y bajó la voz al preguntar:

—¿No vas a decirle lo otro?

—¿Qué es «lo otro»? —preguntó Fitzgerald, con cara de estar ahora totalmente perplejo.

Troy se volvió hacia Austin, sin poder creer lo que estaba ocurriendo. ¿Sería posible que este chico, el prudente y sensato Austin, estuviera redirigiendo la conversación con Fitzgerald, entre todas las personas del mundo? ¿Y a dónde la estaba redirigiendo, a ver? Porque Troy por su alma que no tenía ni idea...

—¿De qué estás hablando, Austin? —cuchicheó, irritado.

Austin le miró de modo intenso y penetrante, como si dijera sin palabras: «¡De eso, jefe! ¡Parece mentira que no lo captes!».

Por su parte, Troy frunció el ceño, y le clavó la mirada a su vez, pensando: «Espero que tengas un muy buen motivo para hacer esto, Austin. Porque ahora, justamente ahora, estaba empezando a sentirme a salvo con el tema de Ralph, y a sentir que tenía esto medio controlado. Y has hablado tú, y... ¡Hala! Has vuelto a ponerme de los nervios. Espero que haya una razón importante de veras, porque como lo hayas hecho solo para caerle bien a Fitzgerald, te voy a morder en la cabeza, como diría William. ¡Y no te va a gustar!».

\*\*\*

Entretanto, Reggie se había situado delante de Paul y de Dan, con las piernas abiertas, en actitud a la vez protectora y desafiante, mirando a la puerta cerrada del baño.

Dan se volvió hacia ella a su vez. Podía oír agua corriendo en el lavabo. Pero el sonido se interrumpió de repente, y se hizo el silencio, tan denso, que apenas podía escuchar su propia respiración.

Un ruidito por parte de Reggie le hizo volver la vista de nuevo hacia él. El batería estaba chasqueando la lengua y sacudiendo la cabeza para sí, mientras murmuraba:

—¿Será posible...?

—¿Qué pasa? —cuchicheó Dan.

Reggie giró la cabeza un ápice en su dirección, para mirarle por encima de uno de sus hombros.

—¿Qué era lo que quería decirle a William? —cuchicheó—. ¡Lo he olvidado!

—¡Pff! —fue la respuesta de Paul, y otra vez se cubrió la boca con una mano para ocultar una risita.

Reggie se giró hacia él.

—¡Paul, no te rías! —le espetó en susurros—. ¡Estoy agotado! ¿Vale? ¡A duras penas puedo pensar!

«Lo sabía», se dijo Dan.

—Querías decirle lo último que sabemos sobre Troy —contestó deprisa—. Le hemos llamado, pero él no estaba en casa, ¿recuerdas? Has hablado con Seth. Te ha dicho que Troy quiere que le llamemos a las dos, y que...

—Y que él también tiene algo que decirnos, sí —concluyó Reggie—. Gracias, Danny. Ya lo recuerdo.

Dan hizo una pequeña mueca.

—Recuerda también llamarme Jonathan, David —murmuró.

Paul soltó otra risita entre dientes, pero en esta ocasión, Reggie no le regañó por ello, al contrario. Se volvió de nuevo para mirar a Dan, y le dirigió una sonrisita, torcida pero irresistible... O lo sería si no tuviera el resto de la cara tapada con esa tela negra...

Un sonido procedente del baño, parecido a un golpe fuerte, les sobresaltó a los tres y les hizo volver su atención de nuevo hacia William. Reggie llamó en voz alta, con su espalda tensa como una cuerda.

—¿William?

La puerta se abrió al fin, y apareció el prisionero, diciendo:

—¡Qué asco, David! Había una araña detrás de la puerta. ¡Parece mentira! Habéis entrado los dos... ¿Y no la habéis visto?

La pregunta debió ser retórica, porque William no esperó a que Reggie contestara. Se volvió hacia Paul, estirando el cuello a un lado para verle por detrás de Reggie, y le hizo un saludo con la mano, canturreando:

—¡Hola, señor que no habla! —Miró luego a Dan, y fingió sorpresa, exclamando—: Pero, ¿qué ven mis ojos? ¡Una novedad! Tú debes ser Jonathan, ¿verdad? Encantado.

—¿Puedo saber por qué has dicho eso de que hemos entrado los dos? —preguntó Reggie, antes de que Dan pudiera reaccionar.

—Porque os he oído. Tú has entrado en segundo lugar. El otro ha tenido que ser Jonathan. —Señaló a Paul con una mano—. Porque el grandullón acaba de llegar. Conozco sus pasos.

—Veo que sabes mucho de nosotros —dijo Reggie—. ¿Cómo sabes que este es Jonathan?

William se encogió de hombros.

—Porque te ha acompañado otras veces antes, y sale contigo a fumar, y... —Titubeó, como tratando de contenerse y no hablar más de la cuenta, e hizo un gesto despreocupado con la mano—. En fin, ¿qué importa? Lo sé. —Les sonrió a los tres, añadiendo—: Es un placer volver a veros las caras, chicos... Bueno, es un decir, ya me entendéis...

Paul soltó otro «¡pff!». Dan pudo ver que por debajo del pasamontañas se le había puesto toda la cara roja, sin duda de los esfuerzos que estaba haciendo para tratar de contener la risa. Reggie en cambio se cruzó de brazos y resopló, exasperado.

—Cada vez que sales del baño, te da por ponerte de cháchara —rezongó.

—¿Qué quieres? —se defendió William. Hizo un gesto muy elocuente con ambas manos hacia la habitación, exclamando—: ¡Me paso el día ahí solo! ¡Me aburro como una ostra! ¡No sabes lo que se agradece tener algo de compañía durante un rato, aunque sea la vuestra...! —Y de nuevo, antes de que Reggie pudiera contestar, añadió—: ¡Por cierto! Quería decirte, David...

—¿Qué? —gruñó Reggie.

—¿Vosotros no teníais una radio o similar?

—Puede. ¿Por...?

William unió sus manos ante sí, y entrelazó sus enjorjados dedos en actitud suplicante, diciendo:

—¿No podrías prestármela un ratito, por favor? ¡Soy músico! ¡Necesito la música, como el aire para respirar! Llevo veinticuatro horas sin música, y siento que me va a dar algo. Solo un ratito, David... Por favor...

\*\*\*

Austin se removió un poco, ansioso. No había sido su intención interrumpir, ni mucho menos, hacer enfadar a Troy. Y sin embargo, ahí estaba el dragón, echando rayos por los ojos. Le miraba

desde su silla como si pudiera convertirlo en un montoncito de cenizas solo con la vista. ¿Y por qué, a ver? Austin no entendía nada.

«¿A qué viene esa cara? Ese asunto es importante, ¿no? O eso creo», pensó. «Y este detective iba a hablar de otra cosa. Si no llego a interrumpir, habríamos perdido la ocasión de decírselo. ¡No puedo creer que el jefe haya olvidado hablarle de eso!».

—Ya sabes... —contestó—. El edificio... Los ojos...

Por un primer momento, Troy no pareció captar ninguna de sus insinuaciones, al contrario. Le miró ahora como si estuviera pensando: «¿Qué demonios...? ¿Se te ha ido la pinza?».

—¿Ojos? —repitió Fitzgerald.

Austin le dirigió una mirada fugaz. Por primera vez desde que llegaron aquí, el detective parecía encontrarse desconcertado. Miró a Hudson, como si esperase que este fuera a iluminarle de algún modo. Pero el abogado se encogió de hombros por toda respuesta.

«No me sorprende», se dijo Austin. «A él tampoco se lo hemos contado».

—Jefe, vamos... —apremió con suavidad, haciendo un pequeño gesto de camaradería hacia Troy con un brazo—. Si lo sentimos los dos, hombre... ¿No vas a hablarle de eso?

—¿Hablarle de qué? No comprendo...

Troy se interrumpió. Estaba tartamudeando y atascándose con las palabras, como le solía ocurrir cuando se ponía nervioso. Miró a Frank, que puso cara de no saber nada, y luego a Fitzgerald, que le observaba a él a su vez de modo penetrante, con los codos apoyados sobre la mesa, y la colilla medio consumida entre dos dedos.

—No comprendo nada, señor —le dijo Troy—. Le aseguro que no sé de qué...

Austin chasqueó la lengua. No quería tener que llegar a esto, mucho menos delante del policía y de Hudson. Le daba vergüenza. Pero la situación parecía desesperada, de modo que echó mano de su último recurso.

Le dio un toquecito a su amigo en un brazo, y murmuró:

—Edificio con ojos.

Troy pareció entender al fin, porque abrió grandes ojos de sorpresa, y de pronto, se vino abajo, y se dejó caer hacia atrás sobre su silla, con una risita. Sacudió la cabeza, llevándose una mano a la frente.

—¡Ah, madre mía! Tiene razón —murmuró para sí—. ¡Menos mal que se ha acordado! ¡Si es que tenía que ser Austin!

El batería sonrió. Parecía que su presencia, acompañando a Frank y a Troy al Bronx, no había sido en vano, después de todo...

## Capítulo 5

Reggie volvió a resoplar. Paul tenía razón. William se parecía a Little B, sobre todo por lo dramáticos que eran los dos.

—¡No llevas veinticuatro horas sin música! —rezongó—. ¡La escuchaste anoche, con nosotros!

William se limitó a inclinar la cabeza, poner sus manos unidas sobre su frente, y repetir:

—Por favor...

Reggie se mordió el labio inferior. ¿Qué hacer ahora? ¿Le dejaba la radio a William? No tenía ni idea. Solo sabía que era otra decisión imprevista que debía tomar, y en cuestión de segundos además, y que estaba demasiado cansado como para poder saber qué era lo correcto.

«En realidad, comprendo que esté aburrido», se dijo. «El pobre está todo el tiempo ahí solo, encerrado en esas cuatro paredes. Ya debe haberse hartado de leer, normal. Y en cuanto a la música... Yo también soy músico. Sé lo que se siente».

Pero debía ser cauteloso, por el bien de sus chicos y el de la misión. No podía precipitarse. ¿Podría llegar a perjudicarles en algo, el hecho de prestarle la radio a William?

«¿Lo ves?», pensó. «Otra decisión importante que tomar, y otra vez estoy solo para ello. Jordan no está aquí para preguntarle. Y cuando se lo digo, se ofende, y dice que es que yo me he vuelto mandón. ¡Pero si no me ha quedado otra! ¡Si estamos solos para todo, coño!».

Pero pensar esto no le acercó ni un ápice a la respuesta correcta para este caso. En realidad, pensar en Jordan no le ayudaba en absoluto en general. Lo único que conseguía era crearle mala sangre...

Reggie volvió de nuevo su atención hacia William. Este parecía haberse lavado también las manos y la cara. Su vaporoso cabello castaño estaba un poco húmedo, igual que el suyo propio. Los anillos de plata que portaba en ambas manos relucían bajo la débil luz del pasillo. Miraba ahora en su dirección, como si estuviera aguardando su respuesta con ansiedad. Sus ojos negros eran ávidos y suplicantes.

«Parece sincero», se dijo el batería. «No parece tratarse de una estratagema enrevesada e impredecible para hacernos pupa».

Por otra parte, y por muchas vueltas que le diera, no conseguía ver en qué podría perjudicarles a ellos quedarse sin la radio durante un rato. Total, de todas formas, ahora no la estaban usando, y Reggie tampoco veía probable que lo hicieran...

Little B era el que hacía las veces de DJ. Y después de haber visto a los intrusos aquellos, y



de saber lo que le había pasado al coche, se había quedado ansioso y alicaído. En cuanto al propio Reggie, por mucho que le apasionara la música, en los próximos minutos tenía algo más importante y más interesante que hacer. No iba a ponerse a escuchar música, pudiendo tener un ratito de intimidad con Dan, eso era seguro...

\*\*\*

Fidgerald miró a los tres jóvenes que tenía ante sí con curiosidad. El guardaespaldas parecía divertido. Tanto de hecho, que volvió la cara y se cubrió la boca con una mano para tratar de disimular su sonrisa. El tal Austin miraba a Fitzgerald desde debajo de las cejas, entre avergonzado y receloso. En cuanto a Troy, continuaba con la frente apoyada en una mano, y murmuraba para sí, con una sonrisa exasperada en los labios.

Al fin, fue este último quien se decidió a explicarse. Se sentó más erguido en su silla, aún sonriente, y miró a su amigo.

—Gracias, Austin —le dijo—. Lo había olvidado por completo.

Fidgerald volvió a observarles a ambos, primero al uno y luego al otro, intrigado. Los dos jóvenes cambiaron una mirada de complicidad, Austin aliviado y agradecido, y Troy desenfadado y sonriente. Acto seguido, el segundo se volvió para mirarle y le dijo:

—Disculpe, señor. Hay otro detalle importante en aquel lugar, que había olvidado mencionarle.

—¿De qué se trata? —dijo Fitzgerald.

—Del edificio delante del cual está aparcado el coche.

Fidgerald alzó una ceja, y se limitó a preguntar:

—¿Qué pasa con él?

—Pues por fuera parece estar abandonado...

—De hecho, parece estar en ruinas —intervino Frank.

—Pero Austin y yo tuvimos una sensación extraña cuando estuvimos allí —continuó Troy—. Parecía como si hubiera alguien mirándonos en una de las ventanas del bajo.

—Interesante —contestó Fitzgerald—. Pero no vieron a nadie, supongo.

—No, señor. A nadie. Y eso que entramos en él, y estuvimos dando una vuelta...

—¿En serio? —dijo Fitzgerald, para nada sorprendido esta vez, pero sí bastante irritado—. ¡Qué valientes! ¿O debería decir más bien imprudentes?

Frank respondió, un poco a la defensiva:

—Solo entramos porque nos pareció seguro, señor. —Se sentó más erguido en su silla, con porte casi orgulloso ahora, y añadió—: No habría consentido que Troy se acercase allí, si hubiera visto algo sospechoso.

Fidgerald se le quedó mirando a los ojos sin mover ni un músculo. Conocía ese porte y esa respuesta, los había visto antes. No eran más que el orgullo herido del guardaespaldas, hablando por él. No consiguió impresionarle.

«¿Qué sabe alguien tan joven, de lo que es sospechoso y de lo que no?», pensó. «Podrías haberos dado de bruces con una banda de narcotraficantes, y de ser así, ahora os encontraríais en una situación mucho peor que la de William. Y yo también...».

En efecto, eso habría sido un buen problema para Fitzgerald. Tener a William en manos de unos secuestradores desconocidos, y a Troy en manos de estos otros, habría sido más de lo que él podía manejar. Y eso que Fitzgerald tenía una amplia experiencia, y una larga lista de éxitos, encontrando a personas desaparecidas... Pero una banda de narcotraficantes eran palabras mayores. Tal vez incluso habría tenido que pedir auxilio a esos engreídos del F.B.I., que se creían dioses ellos... Una banda de esas, operando a nivel de varios países, era más de lo que un simple detective del Departamento de Policía de Nueva York podía digerir...

Y estos inconscientes habían corrido un riesgo muy real. Fitzgerald conocía el barrio, y sabía lo que había en él. Era muy evidente para él que estos jóvenes no. Ni siquiera se hacían una idea del milagro que suponía que hubieran salido vivos de allí, incluso siendo pleno día. Y más con las pintas que llevaban los tres, que parecían macarras buscando problemas, demonios... ¿No se acababan nunca las imprudencias de los jóvenes?

Por supuesto, prefirió no decir nada. Él no era el padre de ninguno de ellos, gracias a Dios. No estaba aquí para regañarles...

Pero entonces Troy dijo algo que le tocó la fibra, y no porque fuera grosero, sino por todo lo contrario, por lo inocente y lo inconsciente que sonó. A Fitzgerald le resultó casi adorable, caramba...

—Queríamos traerle toda la información que pudiéramos, señor —fue la frase del muchacho.

Y Fitzgerald sintió que ahí se derrumbaban todas sus barreras, maldita sea. Colaboración ciudadana, no, por favor. Le enternecía, le hacía sentir responsable, y ahora de golpe, tenía la necesidad y casi se sentía en la obligación de proteger a estos tres tontos como fuera, aunque para ello tuviera que... Sí, que regañarles, como si fuera su padre. Si es que...

—Me parece bien —contestó, asintiendo despacio con la cabeza—. Pero la próxima vez... —Le advirtió al chico, señalándole con la mano que sostenía el cigarro—. Dejad eso de investigar para la policía, ¿está claro? Nosotros somos profesionales, y sabemos lo que hacemos. Vosotros no. No volváis a asumir riesgos sin necesidad.

Troy le miró con grandes ojos, como si Fidgeald acabara de propinarle una patada en el estómago. El detective apuró su colilla, y la apagó en el cenicero, incómodo.

«¡Jóvenes!», pensó. «Es capaz de haberse ofendido y todo, encima de que se lo he dicho por su bien. Las nuevas generaciones cada vez van a peor. No recuerdo haber sido así cuando tenía su edad».

Claro que también tenía que admitir que sus veinte años ya estaban empezando a alejarse bastante en el tiempo, y por tanto, a perderse en los confines de su memoria. Y Fidgeald llevaba tanto tiempo siendo policía, que por mucho que se esforzara, no lograba recordar lo que se sentía cuando uno no lo era. En realidad, llevaba más años siendo policía que no siéndolo... Suspiró.

—En fin, agradezco la información —añadió, en tono más suave—. Echaremos un vistazo por allí nosotros también. —Miró al guardaespaldas—. Pero recordad lo que os he dicho, y no asumáis más esa clase de riesgos.

Frank parecía ahora un poco alicaído. Había metido la cabeza entre los hombros, y le miraba con aprensión, como un niño castigado.

—No, señor —murmuró.

Fidgeald asintió, satisfecho. ¡Ah, las cosas que tenía uno que hacer a veces en este trabajo...!

\*\*\*

Troy apretó una mano en la otra hasta clavarse sus propias uñas, por pura frustración. Se sentía a punto de empezar a subirse por las paredes.

«Pero, ¿cómo se puede ser tan ingrato?», pensó. «Le traemos información valiosa, del edificio donde podría estar prisionero William... ¿Y así nos lo paga? ¿Regañándonos? ¿Qué demonios...?».

Miró a Frank, que tenía ahora la cabeza baja. Sintió deseos de sacudirle por un brazo y de decirle: «¡No te dejes acobardar por este tipo, ni por nada de lo que él te diga! ¡Hemos hecho lo correcto! ¡Que nadie te haga sentir nunca lo contrario!».

Pero por supuesto, no dijo nada. Tenía muy presente que Fidgeald era el único que podía encontrar a William y poner a Jordan entre rejas, y no quería ofenderle justo ahora. Pero cuando todo esto hubiera acabado, tal vez le dijera cuatro cosas. En cuanto a Frank...

«Ya hablaré con él cuando estemos fuera de aquí, y este perro rabioso que se hace pasar por detective no pueda oírnos», se dijo, alzando la barbilla con decisión.

\*\*\*

Mientras tanto, William aguardaba, aún con las manos unidas, a ver cuál iba a ser la decisión de David. Este parecía estar estudiándole otra vez, con sus ojos azules muy serios y penetrantes. Permanecía allí plantado, de pie con las piernas abiertas, delante del grandullón y del tercer enmascarado, el que William había empezado a identificar como Jonathan. Y ahora que se fijaba bien, algo en la actitud de David le resultó dolorosamente familiar...

«Parece desafiante y protector a la vez», pensó. «Como Troy».

No era la primera vez que David le recordaba a Troy. William había notado antes estos retazos de familiaridad, en pequeñas cosas. Pero tenerlo delante, en carne y hueso, dolía. Era como tener un eco lejano de la presencia de su novio... Sin tenerla en realidad.

Al fin, David hizo algo. Se volvió para mirar por encima de su hombro al grandullón, diciendo:

—¿Qué decís, chicos? ¿Se la prestamos?

El tipo alto asintió, serio y casi solemne. David se volvió hacia el otro, que asintió también. Luego miró de nuevo a William.

—Está bien —le dijo—. Pero solo durante un rato, no todo el día. Te la prestaremos hasta la hora del almuerzo.

—¡Oh, gracias, David! —exclamó William—. ¡Eres un amigo!

Llevado por el entusiasmo, estuvo en un tris de abrazarle, como hizo esta mañana. De hecho, abrió los brazos, y el cuerpo se le fue por sí solo hacia delante. Avanzó un paso, y de pronto, se retuvo, y prefirió quedarse donde estaba. Algo les pasaba a sus secuestradores. David se había puesto tenso, más aún, y a su espalda, una mirada de pánico había aparecido en los ojos del hombre de color.

«Ahora no tengo ninguna duda de que este es Jonathan, el que me preguntó por qué no le quité el pasamontañas a David cuando le abracé», pensó William. «Otra vez tiene la cara desencajada, igual que esta mañana. ¿Por qué será? ¿No se fía de mí? ¡Pero si le prometí que no lo haría! ¿Qué iba a ganar yo, quitándole la capucha al jefe, a ver?».

En todo caso, le pareció evidente que a Jonathan le ponía los pelos de punta tan solo verle con la intención de abrazar a David. Y William no pudo dejar de preguntarse: ¿Por qué era tan importante para ese hombre que la capucha del jefe permaneciera en su sitio? No parecía igual de protector con su propio pasamontañas... Era el de David el que le preocupaba...

«Obvio, no quiere que le vea la cara», se dijo.

Pero, ¿qué importancia tenía que le viera la cara a un tipo al que ni siquiera conocía?

«Si es amigo de Jordan, a lo mejor sí que le conozco...», pensó William.

Pero en seguida desechó la idea por improbable. De ser así, habría reconocido su voz. William podía presumir de tener talento para algunas cosas en esta vida, y una de ellas era su habilidad para reconocer voces. Era cantante, y solía fijarse por instinto en las voces de las personas, como «deformación profesional», por así decir.

«Claro que en la fiesta de Jordan había mucha gente, y todos hablando a la vez, y había ruido y música...», recordó. «A la inmensa mayoría de aquella gente solo los he visto una vez en mi vida, y fue ese día. Y ya hace casi un mes de esto... Si David o alguno de estos estuvo allí, y me dijo dos palabras, no estoy seguro de ser capaz de acordarme...».

Sea como fuere, William se había dado cuenta de que su muestra de afecto y gratitud parecía ser demasiado efusiva para sus secuestradores. Era más prudente que se quedara donde estaba, y que se dejara de abrazos por el momento. No quería recibir otro pescozón del tipo grande aquel.

Le dirigió una ojeada recelosa al grandullón de soslayo, y luego dejó caer los brazos y le sonrió a David. Trató de parecer jovial e ilusionado, pero no pudo evitar que el gesto le saliera más bien tenso e incómodo.

«Me cae bien», se dijo. «Y me gustaría poder demostrárselo, y mostrarle lo agradecido que estoy por todo lo que hace por mí. Pero él se empeña en mantener esta fría distancia... Y ahora Jonathan también poniendo cara de espanto. Pues, ¿sabes qué? ¡Ellos se lo pierden!».

\*\*\*

—En otro orden de cosas, y ya que están aquí... —comenzó Fidgeal— Yo también tengo novedades del caso.

Troy se puso alerta, irguiéndose en su silla.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Fidgeal se puso a mover papeles arriba y abajo, como si estuviera buscando algo, mientras contestaba:

—Bueno, tenemos los resultados del análisis del trozo de tela que encontramos anoche en el Averno. —Les miró otra vez por encima de sus gafas, y añadió—: No sé si lo recuerdan. Era un trozo del pantalón de uno de los asaltantes, que creemos forma parte del mismo grupo criminal que tiene a William.

«Pero que en realidad era yo mismo», concluyó Troy en su mente. «Y estoy a punto de ser descubierto, ya lo verás... Ay, madre...».

—Lo recordamos —se limitó a responder, con el corazón latiendo con fuerza en su garganta.

—¿Cómo son esos resultados? —preguntó Hudson a su espalda. Su mano le apretó el hombro una vez más, tranquilizadora—. ¿Alentadores?

En esta ocasión, Troy no tuvo deseos de apartarla, porque estaba muy ocupado pensando: «¡Pobre Hudson! ¡Si supiera que va a tener que defenderme delante de un Juez por allanamiento de morada...!».

Por suerte para él, Fidgealrd gruñó:

—Decepcionantes, si quiere mi opinión. Hemos analizado la pieza y la fibra, y solo sabemos qué tipo de pantalón es, y dónde lo compraron.

Se interrumpió. Encontró un papel y lo estudió durante unos instantes, con las gafas en la punta de la nariz, antes de continuar:

—Parece que fue en unos grandes almacenes, aquí mismo, en Nueva York. —Miró ahora a Troy y a Hudson—. Pero no tenemos nada más. Ni una huella, ni un cabello... Por ahí no vamos a ninguna parte.

—Vaya —murmuró Hudson, chasqueando la lengua, contrariado.

Troy suspiró, llevándose una mano al pecho por puro alivio. Se frotó el esternón, como si estuviera rascándose, para disimular, y luego la bajó de nuevo. ¡Habían descartado el trozo de pantalón! ¡Estaba a salvo!

Sin embargo, el alivio le duró poco. Fidgealrd volvió a mirar el papel, diciendo:

—En cambio, esto otro... —Alzó un índice—. Escuchen. —Y leyó en voz alta—: «El hijo pequeño del Juez Anderson le roba el coche a su hermano, a punta de pistola, ante la mirada horrorizada del vecindario».

Troy se quedó mirando al detective con la cara desencajada por la sorpresa y la estupefacción. No era capaz de hablar. En su mente, lo único que había era un «¿qué demonios...?».

## Capítulo 6

Dan tuvo un instante de pánico cuando vio a William hacer la intención de ir a abrazar a Reggie. Se puso tenso a su vez, y tuvo la tentación de echarse hacia delante, para agarrar a su compañero y tirar de él hacia sí, poniéndole a salvo, fuera del alcance de aquellas manos, mientras gritaba un «¡no!», alto y claro...

De hecho, su cuerpo tomó la decisión por él, y antes de poder darse cuenta, ya había alargado una mano hacia la camiseta de Reggie. La detuvo en el aire a medio camino, porque acababa de ver algo inesperado.

Sus ojos, que no se apartaban de William, por tenerlo vigilado, vieron que la cara del prisionero cambió de repente. Su sonrisa desapareció y abrió grandes ojos de sorpresa. Les miraba a Reggie y a él, por lo que Dan no pudo saber muy bien a qué se debía. Él solo podía ver la espalda y la nuca de Reggie, así que a lo mejor su compañero le había puesto mala cara a William... O bien este había adivinado las intenciones de Dan de querer retirar a Reggie de su alcance, a saber...

En todo caso, William se quedó quieto, inmóvil donde estaba, a dos pasos de Reggie, y bajó lentamente las manos. Su expresión se volvió reservada ahora, y apretó los labios, pero eso a Dan no le importó. Había desistido de abrazar a Reggie. Su chico ya no corría peligro, al menos, por el momento... Dan cerró el puño en el aire, a pocos milímetros de la camiseta del batería, y retiró la mano. ¡Qué poco había faltado!

Él quería fiarse de la palabra de William, de veras que sí. Quería creer lo que le dijo esta mañana, que no iba a desenmascarar a Reggie. Pero no podía.

Y no era por falta de confianza en él como persona, al contrario. El otro chico le transmitía la sensación de ser honorable, la clase de hombre que cumplía sus promesas. Pero Dan sabía que tenía tendencia a ser impulsivo, como de hecho, el propio William acababa de demostrar, y era muy obvio que estaba en una situación desesperada. Cualquiera de estas dos cosas por separado podría hacer que uno olvidara una promesa, por muy honorable que uno fuera. Si se daban las dos cosas juntas, con más motivo. Y Reggie era demasiado importante para Dan. Hora a hora, casi sin que él se diera cuenta, estaba empezando a ser su vida entera...

«No puedo ni imaginar lo que habría llegado a ocurrir si le hubiera abrazado», pensó. «Habríamos acabado peleando por él los dos a la vez, William y yo, forcejeando y tirando de él cada uno por un lado».

Sí, y a lo mejor William habría aprovechado el momento de confusión —y el muy probable desconcierto de Reggie y de Paul—, para dar un tirón al pasamontañas del batería, o al del propio Dan. Y entonces su intento de proteger a Reggie habría acabado en desastre, o bien para su compañero, o para él... O peor aún, para los dos.

No había ocurrido, y Dan daba gracias por ello. Pero realmente había faltado muy poco.

William le sonrió a Reggie, un gesto tenso y forzado, sin nada de la alegría y el entusiasmo de hacía un momento, y repitió con voz suave:

—Gracias.

—De nada —respondió Reggie en tono inexpresivo.

Volvió la cabeza para hablarle a Dan por encima de su hombro, pero mantuvo la mirada fija en William.

—Jonathan, ¿puedes...?

Dan dio un respingo. Dedujo el resto, y exclamó:

—¡Sí! ¡Voy en seguida!

Se dio la vuelta y caminó deprisa hacia el salón. Le daba un poco de rabia tener que marcharse ahora, pero él era el único que podía traer la radio. Ni Reggie ni Paul podían hacerlo. Se necesitaban los dos allí para mantener a raya al prisionero.

«Cuanto antes regrese con la radio, y William vuelva a estar en su habitación, mejor», se dijo. «No porque yo quiera tenerlo encerrado, al contrario. Me da pena. No es mal chico. El problema no es él, sino que reconozca a Reggie, y en cuanto salga de aquí, vaya a la policía a decirlo...».

Mientras se alejaba, oyó hablar a William a su espalda, y abrió oído para escuchar lo que decía:

—Ese chico tiene una bonita voz —comentó, en tono de conversación.

«¿Se está refiriendo a mí?», pensó Dan, sorprendido y casi divertido.

Pero William seguía hablando:

—No te ofendas, David, porque la tuya también lo es. Pero tiene otro estilo. Es grave y oscura. Es voz de jefe. ¡Te va muy bien!

—Ya —contestó Reggie, en absoluto halagado.

—Y fumas demasiado.

—M-m. —Reggie alzó la voz para decir—: ¡Jonathan, no hay prisa! ¡Ve despacito! ¿De acuerdo? ¡Podemos esperarte!

Dan hizo un pequeño gesto de hastío, aprovechando que nadie podía verle. Seguro que Reggie había estado oyendo el ritmo de sus pasos. Los esfuerzos de su compañero por cuidar de él y de su lesión a veces eran adorables, y otras...

«Otras veces parece mi madre», se dijo.



—¡Estoy bien! —contestó, tranquilizador.

—¡Por si acaso, amor! —dijo Reggie.

Dan se detuvo en seco al escuchar esta frase, y por un primer momento, ni él mismo supo por qué. Con el paso de las horas, a medida que había ido conociendo a Reggie, se había ido acostumbrando a oírle decir palabras bonitas. Sonaban deliciosas en su voz, dirigidas a él. Le hacían sentir respetado y querido.

Pero ese «amor» estaba fuera de lugar. No debería haberlo oído. Y Dan tardó unas fracciones de segundo en caer en la cuenta del motivo.

«¡Ah! ¡William!», pensó, con un sobresalto. «Reggie acaba de llamarme así... ¡Delante de William!».

Se volvió para mirar al grupo a su espalda, estupefacto. ¡Esto no podía estar pasando! ¿Cómo había tenido Reggie ese desliz? ¿Qué demonios habría en su cabeza? ¿Y cuál iba a ser la reacción de William?

\*\*\*

William frunció ligeramente el ceño al oír la última frase de David.

«Así que no me equivoqué», pensó. «Estos dos son pareja».

Y su boca por su cuenta repitió como un eco, antes de poder contenerse:

—¿Amor?

David se volvió hacia él y dijo, mirándole con resentimiento por entre el pasamontañas negro:

—El tipo que os acompañaba ayer le dio una patada a mi novio en las costillas que lo dejó bien jodido.

William sintió que la ira hacía hervir la sangre en sus venas. Gesticuló con ambas manos, señalando al grandullón, y exclamó:

—¿Y a mí qué me explicas? ¡El mastodonte este me dio un pescozón que me hizo perder el conocimiento! ¡Y me salió un chichón! ¡En la cabeza! ¡Todavía lo tengo! —Se señaló el lugar con una mano—. ¿No es eso peor?

Le dirigió una ojeada al mastodonte en cuestión, por si las moscas, pero el tipo parecía muy ocupado observando a David desde arriba con grandes ojos. Parecía desencajado de sorpresa, y algo le decía a William que el motivo no tenía nada que ver con él.

Por su parte, David dijo, con su frialdad habitual, y sin parecer preocupado en absoluto:

—Lo recuerdo. Por cierto, ¿cómo estás de eso? No he vuelto a preguntarte.

—Mejor, ya no me duele —gruñó William, sin pensar, con toda sinceridad.

Y de pronto, recordó lo que David acababa de decir, ese «mi novio» tan clarito y meridiano, y sacudió la cabeza. Le pareció entender, ahora sí, por qué estaba tan sorprendido el grandullón. Interesado, miró a David y le preguntó:

—Entonces, ¿es de verdad? ¿Sois novios?

Su captor no tenía ni idea, pero William adoraba los cotilleos y enterarse de este tipo de noticias. Sobre todo, si se trataba de parejas gay. Y si la pareja en cuestión era nueva, «recién hecha», como él decía, eso era su perdición. Le encantaba saber todos los detalles que pudiera, los cómo y los por qué. No era por cotilleo malsano, al contrario. A William le gustaba saber que la gente se quería, que otros gays también encontraban pareja, y que vivían felices juntos. Le hacía sentir acompañado, como que formaba parte de un «colectivo de parejas gays felices», por así decir, y eso le daba mucha ternura.

Pero era evidente que David no sentía lo mismo, porque hizo un mohín, se cruzó de brazos, y gruñó, con malos modos:

—Pues sí. ¿Pasa algo?

\*\*\*

«¿Algo? ¡Desde luego que pasa algo! ¡Pasan muchas cosas!», se dijo Dan. «Pasa que es la primera vez que te oigo decir eso abiertamente. Pasa que además se lo has dicho a alguien de fuera de nuestro círculo... ¡A William, entre todas las personas del mundo!».

Y también algo más...

Pasaba que había sonado precioso en su voz, ese «mi novio» refiriéndose a él... Pasaba que Dan podría pasar el resto de su vida oyéndole decir solo esas dos cortas palabras, sin más nada, y con eso ya sería feliz... Pasaba que le quería, le quería cada vez más... Y pasaba que... ¡Por Dios! ¿En qué demonios estaba pensando Reggie?

Por su parte, él estaba paralizado, mirando la escena desde la mitad del pasillo. En realidad, podía ver bien poco. Solo la puerta abierta, la espalda de Paul, y parte de la de Reggie, situado delante de él.

Tenía también un atisbo de la vaporosa cabellera castaña de William, y conseguía ver su cara, por detrás de uno de los hombros de Reggie, pero solo cuando el prisionero gesticulaba y se movía al hablar...

Eso sí, podía oír sus voces con toda claridad. El largo pasillo gris tenía una acústica extraña, porque parecía engullir los ecos, y era difícil escuchar lo que ocurría de un extremo al otro de la vivienda. Pero Dan apenas se había alejado unos pasos del grupo, así que podía oírlo todo.

¡Su novio! ¡Reggie había dicho que Dan era su novio! ¿No era maravilloso?

Pero a la vez... ¡Era el mundo del revés! ¡Fue Reggie quien pensó esta mañana que tal vez pudiera perjudicarles el hecho de que William supiera de su relación! ¡Él fue quien tuvo la idea de que podría ser un punto vulnerable en su contra, de cara al prisionero! ¿Y ahora hacía esto? ¿Por qué?

«¡No lo entiendo!», se dijo Dan. «Tal vez no se ha parado a pensar. Había rabia y resentimiento en su voz cuando ha nombrado al tipo que me pegó ayer. Quizás ha sido por eso. Pero en cualquier caso, ya está hecho. Y ha sido maravilloso».

¡Su novio! Dan estaba que no se lo creía. Una cosa era hablarlo entre ellos, y confesarse el uno al otro que les gustaría ser pareja... Otra cosa era soñar o fantasear con serlo... Y otra muy distinta era esto.

Con ese «mi novio» Reggie acababa de convertir esa posibilidad en un hecho, ese sueño en una realidad. Aquello de oírlo en su voz, con ese tono protector inconfundible, y dirigido a otra persona, no a Dan, dándolo por sentado, todo ello junto había colaborado para que esas dos palabras tuvieran un sabor aún más especial.

«¡El novio de Reggie, Nobody!», se dijo, emocionado. «¡Ahora eres el novio del jefe!».

Y seguía sintiendo que era algo maravilloso, no por el jefe, sino por Reggie, pero... ¿Qué actitud tendría William con ellos, ahora que sabía esto? ¿Les perjudicaría en algo este desliz, como Reggie había anticipado por la mañana?

Dan sintió deseos de regresar junto a su novio, abrazarle despacito desde atrás, y hacerle frente a William los dos juntos, abrazados. Le parecía ver que la espalda del batería estaba de pronto un poco encorvada, y supo que necesitaba mimos, porque...

«Ahora se arrepiente de haberlo dicho, míralo. Lo conozco», pensó. «Ha hablado sin pensar, porque está cansado y ansioso, y preocupado por mi lesión. Pero él no quería decírselo realmente».

Se mordió los labios. Las manos le ardían de necesidad de darle a Reggie ese abrazo, y también algún mimito, para reconfortarle y hacerle ver que todo estaba bien... Y que todo iba a estar bien también en el futuro... Le dolía el corazón ver esa espalda tan encorvada y la cabeza agachada. Reggie ya llevaba demasiadas cargas.

«Oh, mi vida, no te culpes», le dijo con la mente. «Si ya no tiene remedio...».

Pero no se atrevió a hablar ni a moverse. Cualquier cosa que hiciera podría ser un paso en falso, que solo serviría para empeorar las cosas.

Eso sí, ojalá pudiera comunicarse con Reggie solo con el pensamiento. Ojalá la conexión que había entre ellos pudiera hacer eso por él. Ojalá las cosas fueran como en los cuentos...

Pero no lo eran. Esto era la fría realidad. Y en este momento, lo único que podía hacer Dan era mirarles y esperar...

\*\*\*

«No oigo los pasos de Danny», pensó Reggie. «Seguro que me ha oído hablar, y se ha parado para escuchar la conversación».

De hecho, casi le parecía que podía sentir los ojos del rapero clavados en su nuca. Por supuesto, no se volvió para comprobar si realmente estaba allí de pie, mirándole, o no. Si Dan de verdad estaba escuchando, Reggie sabía lo que le iba a decir su cara en cuanto la viera, a saber, que se había vuelto loco, y que acababa de cometer la metedura de pata más grande de su vida. Y no le faltaba razón...

Reggie reconocía que había hablado sin pensar demasiado, algo que no solía hacer, y mucho menos estando delante de William. Pero es que había sido superior a sus fuerzas.

Dan estaba lesionado. Ese dolor que no le dejaba ni respirar aparecía de improviso, cuando menos se lo esperaba, y le hacía doblarse en dos, como le había pasado hacía un momento. A saber si no tenía una costilla rota, o astillada, o algo más grave... Él decía que no, que solo era el hematoma, y Reggie quería creerle. Pero se le ponía tan malita cara cuando le daban esas punzadas...

Y eso se lo debían al guardaespaldas aquel, y a las pesadas botas que llevaba. Reggie no podía sentir más que resentimiento hacia ese tipo. Y aunque sabía que William no tenía la culpa, no había podido dejar pasar la ocasión de demostrarle que él no era el único que estaba jodido aquí. Que ellos también eran personas, y que también sentían.

Pero ahora que su momento de acaloramiento había pasado, ahora que por primera vez se paraba un instante a pensar en ello, empezaba a arrepentirse de haberlo hecho.

«Debería haber mantenido el pico bien cerrado», se reprendió, frustrado.

Su momento de debilidad, ese pequeño instante en el que había bajado la férrea guardia que mantenía sobre sí mismo, y se había permitido expresar lo que sentía, le había mostrado a William varias cosas.

La primera era que su secuestrador también tenía sentimientos, algo que el prisionero podría tratar de utilizar para manipularle...

La segunda era que existía un punto vulnerable en el grupo de secuestradores, y era la relación entre él y Dan. Porque donde había un vínculo, había debilidad, o eso le parecía a él. Dan y su salud eran su debilidad, y tenía la sensación de haberlo demostrado de modo muy claro

en lo que había dicho.

La tercera era que Dan no se encontraba en plena forma, y por tanto, que era el más frágil del grupo. En otras palabras, sin él quererlo, acababa de poner una diana metafórica sobre la espalda de su amor. Desde ahora, cada vez que interaccionasen con él en persona, William podría intentar atacar a Dan, porque sabía que era el que estaba lesionado, el que estaba dolorido, y por tanto, el que lo tenía más difícil a la hora de defenderse.

«No importa», pensó Reggie con decisión. «Paul y yo le protegeremos. No conseguirá tocarle ni un solo pelo, como dijo Paul antes... ¡Ni uno!».

Pero si era sincero consigo mismo, en el fondo de su corazón, se sentía miserable. Dan iba a odiarle para los restos por haberle hecho esto. No solo había aireado alegremente su relación, sin pedirle permiso antes... (¡Y a su prisionero, entre todas las personas del mundo!). Sino que también le había señalado como el más débil del grupo, con todo lo que Dan se estaba esforzando por sobreponerse al dolor y por ayudar...

«¿Esto es lo que me quieres, Reggie?», le iba a decir. Y Reggie no tendría repuesta para eso, porque si se ponía en su pellejo, tenía que reconocer que era la pura verdad. Su compañero tenía todos los motivos del mundo para estar ofendido, y a Reggie no se le ocurría cómo iba a pedirle perdón. A menos, claro está, que le dijera su propia verdad. Y esa era...

«Todo ha sido muy rápido, y no he podido pensar», recordó. «Y estoy tan cansado... Tuve miedo. Danny era capaz de echar una carrerita al salón para hacer el encargo lo antes posible, lo sé, le conozco... Y le iba a volver el dolor, y yo no quería. Además, he sentido rabia. Porque no debería estar lesionado, en primer lugar. Ninguno de nosotros debería estar aquí. Todo esto no es más que una inmensa locura. Y ahora no sé cómo sacarnos de ella. Dios, de verdad que no lo sé. Porque te aseguro que si lo supiera, lo haría...».

## Capítulo 7

—¿Qué demonios...? —balbuceó Troy, con la cara desencajada por la sorpresa.

Frank no podía estar más de acuerdo. Era bueno saber que no había sido el único que se había quedado a cuadros.

Troy dio un respingo y se volvió en seguida hacia Hudson. Le miró de modo terrible, indignado, y le dijo, en tono de reproche:

—¡Creía que eso estaba ya más que olvidado!

—Yo también lo creía, hijo —fue la respuesta de Hudson.

Frank los miró al uno y al otro, confuso y anonadado. Luego entonces... ¿Era de verdad? Eso que acababa de leer Fitzgerald... ¿Hacía referencia a Troy? ¿Era hijo de un Juez? ¿Robó un coche? ¿A punta de pistola? ¡Frank no podía creerlo!

—¡No, a ver! —continuó Troy, mirando de nuevo a Fitzgerald—. ¿Cómo demonios ha averiguado usted eso? ¿Y qué relación tiene con William y con su secuestro? ¿Me lo quiere decir?

Estaba furioso, y Frank lo comprendía. Fitzgerald acababa de acusarlo de ser un criminal, poco más o menos, con todo lo que el dragón se estaba esforzando por ayudar a la investigación. Eso no se hacía, hombre...

—Joven, ya está empezando a perder los nervios otra vez —dijo el detective, imperturbable.

«Como para no perderlos...», pensó Frank.

—¡Es que no lo entiendo! —Troy crispó las manos en un gesto de frustración. Parecía a punto de empezar a tirarse de los pelos—. ¡Estoy aquí, en lugar de estar en mi casa, descansando o preparándome para el concierto de mañana, porque quiero ayudarle a hacer su trabajo! ¡Quiero encontrar a William! ¿Y usted me viene con estas? ¿Qué clase de to-tomadura de pe-pelo...?

Empezó a tartamudear. Pareció darse cuenta, porque se interrumpió, y cerró la boca con fuerza. Sacudió la cabeza. Miró luego a Fitzgerald de modo sombrío desde debajo del flequillo, y le dijo, pronunciando despacio cada palabra, y con su voz cargada de resentimiento:

—¿Es este su concepto de una broma?

Fitzgerald no contestó. En lugar de eso, alzó la vista hacia Hudson y señaló a Troy con una mano, como si le dijera sin palabras: «Ya ve usted. ¿Cree que así se puede trabajar?».

El abogado chasqueó la lengua y apretó un poco el hombro de Troy.

—Hijo, serénate un poco y dejemos hablar al detective —le dijo, en tono conciliador—. Te aseguro que solo está cumpliendo con su deber.

—¿Su deber? —exclamó Troy, todo erizado de ira—. ¡Su deber es detener a Jordan! —Se volvió de nuevo hacia Fidgeal— ¿Mi familia denunció eso? ¿Cómo lo ha averiguado?

—No hubo ninguna denuncia —contestó Fidgeal con voz queda, en perfecta calma—. Salió en un periódico local.

—¿Y puede explicarme qué tiene que ver con William?

—Tiene todo que ver. No podemos descartar a ningún sospechoso.

—¿Sospechoso? ¿Yo soy sospechoso del secuestro de William? ¡Vamos, lo que hay que oír!

—Troy, no ha dicho eso. ¡Serénate! —intervino Hudson, dando un suave tironcito del hombro del muchacho, a modo de advertencia.

Fidgeal fue mucho menos sutil.

—Mire, joven. No estoy para tener que sufrir otro de sus numeritos —dijo, con voz dura—. El letrado tiene razón, nadie le ha acusado de nada. Y ahora, ¿va a calmarse un poco, y seguimos hablando? ¿O lo dejamos para otro día?

Troy tomó aire entre dientes e hizo un gesto de frustración, volviendo la cara. Apretó los puños, con los codos apoyados en los brazos del sillón, y tomó aire despacio, en un esfuerzo evidente por serenarse.

Frank se mordió los labios, impotente. Sintió la tentación de ponerle una mano en la rodilla al otro chico, y de decirle unas palabras de apoyo, a ver si le ayudaba. Tal vez si supiera que no era el único que sentía que esto era injusto, sería capaz de llevarlo mejor...

Pero no se atrevió a mover ni un dedo. Había tanta tensión en torno a la mesa del detective, que casi se podía palpar. Por mucho que ambos se esforzaran por colaborar, era muy obvio que no había ninguna química entre Fidgeal y Troy. Cada vez que hablaban más de dos palabras seguidas, saltaban chispas por algún sitio.

Preocupado, Frank le dirigió una ojeada de soslayo a Fidgeal. Este parecía tener su atención centrada solo en Troy. Le observaba con sus astutos ojillos negros desde detrás de sus gafas, y parecía estar aguardando.

«Este hombre es demasiado rígido, eso es lo que pasa», pensó Frank. «Y tiene una manera de decir las cosas que a veces molesta. Es demasiado directo. Si no cree que Troy sea sospechoso de nada, ¿por qué ha aireado esos trapos sucios, a ver? ¿Y por qué de esta manera?».

Volvió la mirada de nuevo hacia Troy. Este estaba respirando hondo, una vez más. Soltó el aire despacio, se irguió, y giró la cabeza hacia Fidgeal. Frank sintió alivio al ver que ya no parecía estar a punto de explotar. La cara de Troy era ahora una máscara impenetrable de

serenidad y compostura. Sus ojos eran serios y reservados, y su voz sonó bastante más suave, aunque aún tensa y disgustada, cuando preguntó:

—Si yo no soy el sospechoso, ¿quién cree usted? ¿Cree que mi hermano James, en venganza...?

Fidgerald negó con un gesto.

—No creo nada —contestó, también en tono más suave—. Uno de nuestros trabajos de rutina es investigar en el pasado de la víctima y de sus personas allegadas, en busca de posibles sospechosos, o de posibles motivaciones para el secuestro.

«Ah, eso tiene sentido», pensó Frank.

Pero Troy debió entenderlo de otra manera, porque volvió a erizarse de furia.

—¡Le he dicho desde el principio el nombre del culpable! ¡Jordan Grant! —exclamó—. ¿Por qué no ha ido ya a su casa a detenerlo, en lugar de estar perdiendo el tiempo, y metiendo las narices en la vida de la gente?

Gesticuló, señalando con una mano a la gran sala que tenían a sus espaldas, y por ende, al mundo en general, como si dijera sin palabras: «¡Salga ahí fuera y haga algo!». Fidgerald resopló. Soltó el papel sobre la mesa, y apoyó ambos codos en ella, sujetándose una mano con la otra.

—Joven, si no quiere que hablemos... —comenzó, con aire impaciente.

Hudson intervino deprisa.

—Sí, sí quiere, señor —dijo—. Por favor, deme un minuto.

El detective se limitó a hacer un gesto hacia Troy con una mano, como diciendo: «Todo suyo». Hudson debió interpretarlo así, al menos, porque se inclinó por el lado izquierdo de Troy, el opuesto a donde estaba Frank, y le habló en voz baja.

—No pueden detener a Jordan sin tener pruebas, Troy. Ya lo sabes —le escuchó decir el guardaespaldas.

—¿Le parece poca prueba todo lo que nos ha hecho en este mes? —murmuró Troy con voz densa.

De repente parecía estar al borde de las lágrimas. Frank se volvió para mirar a Austin, y este le hizo una mueca de preocupación.

—Hijo, si escuchas al detective, te dirá todo lo que ha investigado —continuó Hudson, en voz baja aún—. Estoy seguro de que también ha estado averiguando cosas del señor Grant.

Troy apoyó la barbilla en una mano, disgustado, e hizo un ruidito de incredulidad. Hudson miró de modo interrogativo a Fitzgerald, y Troy hizo lo propio, de través y con desconfianza. El



detective respondió a las miradas de ambos asintiendo una vez con la cabeza, rotundo.

—¿Lo ves? —murmuró Hudson, poniendo de nuevo su mano en el hombro del muchacho—. No te pido nada, Troy, solo que escuches. Sé que estás cansado y preocupado, pero... ¿Puedes hacer al menos eso? Solo escuchar... Por el bien de William...

Troy pareció pensarlo un momento, sin dejar de observar a Fitzgerald de través. Al fin, asintió y contestó:

—Está bien, Hudson. Le escucharé. Pero lo haré por usted, no por él. —Señaló con la cabeza al detective. Y más bajito, de modo apenas audible, añadió—: Y por el bien de William.

Hudson sonrió. Apretó afectuosamente el hombro del rockero, y dijo:

—Eres un gran hombre, Troy. Siempre lo he dicho —Se incorporó de nuevo. Miró a Fitzgerald y le dijo, asintiendo con la cabeza—: Por favor, señor. Prosiga.

Fitzgerald le echó otra ojeada a Troy. No pareció estar convencido del todo, pero no obstante, continuó hablando, con su voz ronca y gruñona:

—Bien, como decía, nuestra obligación es investigarlo todo. Lo hacemos por rutina. El oficio nos ha enseñado que hasta los casos en apariencia más claros pueden darnos una sorpresa, así que no descartamos ninguna opción, hasta estar seguros de que de verdad es descartable.

Hudson asintió. Troy guardó silencio. Frank inclinó la cabeza a un lado con disimulo para tratar de verle la cara. El otro joven continuaba con la barbilla apoyada en una mano, mirando a Fitzgerald con desconfianza. Estaba pálido. El hematoma de su mejilla resaltaba mucho en su piel, a pesar de la barbita de veinticuatro horas que cubría su rostro. Estaba mejor que ayer, pero aún parecía que tenía media cara hinchada. La heridita de su pómulo se había cubierto de una costra oscura. Parecía un trazo negro, dibujado sobre el morado y el verde del hematoma.

«No me he fijado en su cara mientras hemos estado en el Bronx», se dijo el guardaespaldas. «He estado pendiente de otras cosas. Pero eso debe dolerle, pobrecillo...».

Fitzgerald añadió:

—Pues bien, el pasado del señor Miller está limpio. No he podido encontrar a nadie con un motivo para hacerle daño.

Frank volvió a mirar a Troy, por ver si este corroboraba esta afirmación, o respondía de algún modo. Pero el dragón se limitó a mirar a Fitzgerald, con la mano apoyada ahora en la mejilla sana. Parpadeó y no hizo nada más. Su rostro tampoco expresó ninguna emoción. Frank se preguntó qué estaría pensando...

\*\*\*

«¡Pff! ¡Nadie!», se dijo Troy con desdén. «Yo puedo darle varios nombres. Para empezar, el de su ex, ese tal Patrick. William no quiere ni hablar de él, y eso me da que pensar que no terminaron en buenos términos. Y no me sorprende. Ese tipo le dejó solo con unos matones en Charleston y salió huyendo. ¿Cómo iban a terminar? Mal. ¿Y su padre? Cada vez que Will recibe una de sus malditas cartas, se le pone el cuerpo malo durante días...».

Por supuesto, permaneció en silencio. Él continuaba convencido de que el único culpable de esto era Jordan Grant. ¿Para qué iba a despistar a Fitzgerald, más aún de lo que ya estaba, diciéndole los nombres de otras personas? Eso solo podía acarrearles una cosa: más pérdida de tiempo. No iba a llevarles hasta William. Y tiempo era precisamente lo que no tenían, ni ellos, ni William.

«Cuando pienso que está solo con esos desaprensivos, mientras este hombre está aquí, perdiendo el tiempo rebuscando donde no debe... Me arde la sangre», se dijo.

Pero le había prometido a Hudson que iba a escuchar al detective, por él y por lo bueno que era con ellos, y por el bien de William. No creía que fuera a ayudar mucho a su novio que él se levantara de golpe y se fuera justo ahora, dejando plantado al detective. Fitzgerald era capaz de dejar de buscarlo, y entonces... ¿Qué iba a ser de él?

«Eso sería lo mismo que abandonarlo», pensó. «No voy a hacerle eso a mi Will, pobrecito. Es lo mejor que me ha pasado en la vida...».

Una oleada de congoja subió desde su corazón hasta su garganta y sus párpados. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Solo con pensar que nunca iba a volver a ver los ojos negros de William brillar de ilusión, ni su sonrisa cuando estaba feliz con algo... Que no iba a volver a escuchar su voz grave murmurándole tonterías al oído —mezcladas con obscenidades, porque William era así—, o cantando en la ducha a pleno pulmón... Que a lo mejor nunca volvía a sentir su cuerpo delgado y flexible entre sus brazos, ni a sentarse con él a componer canciones o a hablar de sueños... Troy sentía una pena inmensa en el centro del pecho, que amenazaba con no dejarle respirar.

Parpadeó deprisa, para que Fitzgerald no viera sus ojos húmedos, y se esforzó por mantener el rostro inexpresivo. Se centró en la voz del otro hombre, tratando de disolver la congoja, y de volver al aquí y ahora. ¿Qué estaba diciendo?

—Pero esto otro... —Fitzgerald señaló con una mano el papel donde había leído la noticia del «incidente», por llamarlo de alguna manera, que tuvieron con James. Miró a Troy con curiosidad—. ¿Qué ocurrió exactamente?

«¿Y tengo que contestar?», se dijo este. «Supongo que sí. Este tipo me está estudiando otra vez, con esa cara de perro rabioso que tiene. Si “colaboro”, como dicen ellos, en algún momento se pondrá en serio a buscar a Will, ¿no? Preferiblemente, antes de que lo maten... En verdad, no tengo ni pizca de gana, ni de recordar ese día, ni de hablar de lo que ocurrió, ni mucho menos de contárselo a este tipo. Tampoco me apetece tener que bajarme de mi orgullo, qué quieres que te diga. Nosotros somos las víctimas, y Fitzgerald pretende interrogarme, como si yo fuera un criminal. Pero no tengo alternativa. Si digo que me niego a hablar... ¿Qué será de Will?».

De modo que se armó de paciencia, tomó aire despacio, y respondió con voz suave:

—Ese día William estaba conmigo.

—Sí, eso dice la noticia —asintió Fitzgerald—. Pero que yo sepa, no consta en ninguna parte que usted tenga permiso de armas.

Troy negó. Se movió para sentarse más erguido, con los codos apoyados en los brazos de la silla. Ya que Fitzgerald quería convertir esto en un interrogatorio formal, qué menos que parecer un hombre, ¿no? En lugar de un niño castigado...

—No, no tengo permiso de armas —contestó—. Ni armas propias, por supuesto.

—Entonces, ¿qué hacía usted con una pistola?

\*\*\*

Para sorpresa de Frank, que estaba siguiendo la conversación con creciente interés, Hudson volvió a intervenir, hablando muy deprisa esta vez:

—Troy, no tienes por qué responder a eso. Yo le traeré los documentos al teniente.

Troy negó. Toda la tensión de antes había desaparecido de su cuerpo. Parecía ahora resignado, cansado y casi triste.

—No, Hudson —respondió—. Gracias, pero quiero demostrarle que de verdad quiero colaborar.

—Con la información que has traído sobre el coche, es suficiente para eso, hijo —insistió Hudson—. Te pedí que escucharas. No tienes la obligación de contestar.

Troy ahora asintió, conforme, y dijo:

—No tengo nada que ocultar, de todas formas. Es desagradable hablar de eso, pero... —Se encogió de hombros. Miró a Fitzgerald con decisión y explicó—: La pistola no era mía, sino de mi hermano James. La tenía en la guantera del coche. La usé para intimidarle, porque quería pegarnos, a Will y a mí, por...

Se interrumpió. Bajó la vista a la mesa y se mordió el labio inferior.

—Lo siento, Will —murmuró para sí.

Parpadeó, tomando aire otra vez, y se movió en su silla para cruzar una pierna sobre la otra. Unió las manos ante su barriga, entrelazando los dedos, y miró a Fitzgerald de modo penetrante al concluir:

—Por ser pareja.

## Capítulo 8

Paul miró la espalda de Reggie desde su elevada estatura, preocupado. Le había parecido verla de pronto un poquito encorvada, y la cabeza algo agachada.

«No tengo ni idea de qué estaba pensando para hacer algo así», pensó. «Pero apuesto a que ahora se siente miserable. Y no tiene por qué. Ya está hecho, no tiene remedio. Y él solo quería ayudar, me he dado cuenta. No quería que Dan corriera para que no le volviera el dolor. Y al acordarse de su lesión, pues... Se le escapó todo lo demás».

Miró a William, que le observaba a él a su vez con algo de recelo. Sin embargo, al ver que Paul le miraba, se irguió y se cruzó de brazos con aire autosuficiente. No hizo la intención de moverse de donde estaba, y Paul lo agradeció.

Si se hubiera acercado a Reggie, justo en este momento en el que el batería estaba alicaído y vulnerable, Paul se habría visto obligado a darle un empujón para apartarle. Su objetivo era proteger a Reggie, así que habría actuado primero y preguntado después. Y no quería tener que llegar a eso. Con la batalla de ayer ya tuvieron bastante. El chichón de William le pesaba a él en el fondo de su alma. No quería que hubiera más lesiones.

Se volvió para echar una ojeada al pasillo por encima de su hombro. Hacía ya varios minutos que no escuchaba los pasos de Dan, y entonces comprendió el motivo. El rapero estaba allí de pie, a poca distancia de ellos, mirando la nuca de Reggie. Había tanta ternura en sus ojos, que se podía adivinar la expresión del resto de su rostro, a pesar de llevar puesto el pasamontañas.

«No parece estar enfadado, menos mal», pensó Paul. «Pero tengo la sospecha de que Reggie cree que lo está».

Se volvió de nuevo hacia su amigo, y contempló su espalda con pesar. Ojalá tuviera un modo de reconfortarlo. Pero mientras William estuviera fuera de su habitación, no se le ocurría cómo hacerlo.

De pronto, fue precisamente William quien rompió el silencio. Su voz sonó suave y amable cuando dijo:

—No pasa nada, David.

Paul alzó la vista hacia él, y le sorprendió ver que su expresión había cambiado. Ahora miraba a Reggie con simpatía. Sonrió, un gesto tierno y sin rastro de maldad, y añadió:

—En realidad, ya lo sabía.

\*\*\*

A William también le había parecido ver a David de pronto un tanto abatido, si es que eso era posible en alguien tan frío como él. Se había quedado abstraído, mirando al vacío, como si hubiera estado sumido en sus pensamientos, y solo pareció reaccionar al oírle hablar. Parpadeó y se irguió otra vez. Su mirada se aclaró, y clavó los ojos en él, de nuevo serio y decidido.

—¿Cómo lo sabías? —dijo.

—Por lo que me preguntó Jonathan esta mañana. Eso... —William sacudió la cabeza, con la sonrisita tierna aún bailando en sus labios, y añadió—: Eso solo lo hace una pareja.

David cuadró los hombros. Se cruzó de brazos a su vez, y preguntó:

—¿Y eso lo sabes tú por...?

William sintió un escalofrío. Otra vez estaba allí esa extraña sensación de familiaridad, al ver el porte del otro hombre y al oír su tono de voz. De nuevo, Troy habría hecho lo mismo de estar en esta situación. También se habría puesto su máscara metafórica de tipo duro, insensible y desafiante, que en el fondo no era más que eso, fachada, para tratar de proteger a William de algún curioso indeseable.

Una punzada de nostalgia le atravesó el alma al reconocer la reacción. Se sintió de pronto muy solo, allí, sin su novio. Notaba su ausencia más que nunca antes. Curioso que uno estuviera en un pasillo con tres personas más, y sin embargo se sintiera tan solo...

—Porque yo también tengo novio —contestó con suavidad, dejando que la sonrisa se disolviera de sus rasgos. Miró al otro hombre a los ojos de modo penetrante—. Y se parece mucho a ti, David.

\*\*\*

Los pensamientos de Dan formaron un torbellino al oír esto. ¡William decía que él también tenía novio! ¡Y que se parecía a Reggie! Su intuición le gritó: «¡Es Troy, lo sé! Ha dicho varias veces que Reggie se parece a Troy. ¡Por eso le eligió Jordan para que sirviera de moneda de cambio! ¡Para obligar a su novio a ceder!».

«¡Pero eso horrible!», contestó su corazón. «De ser cierto, nosotros estaríamos colaborando con esa atrocidad. ¿A ti te gustaría que os lo hicieran, a Reggie y a ti?».

Dan sintió un escalofrío de horror con solo plantearse la posibilidad...

—¿Y podemos saber quién es? —preguntó delante de él la voz grave de Reggie.

A Dan le pareció notar en ella un leve tinte de amabilidad que antes no tenía. William se irguió mucho, tomando aire despacio por la nariz, como si tratara de serenarse. Reajustó sus

brazos cruzados sobre su pecho, y contestó, muy digno:

—Como comprenderás, en mis actuales circunstancias, prefiero guardarme eso para mí. No quiero que lo utilicéis en contra mía... —Miró a Reggie ahora desde debajo de las cejas—. O de mi pareja.

Reggie hizo un ruidito de asentimiento, y se limitó a responder:

—Es justo. Yo haría lo mismo de estar en tu lugar. —Luego, sin previo aviso, se volvió de nuevo por encima de su hombro, y llamó—: ¡Jonathan! ¿Todo bien?

Dan se sobresaltó otra vez. Se dio cuenta de que llevaba un rato allí de pie, y recordó que se suponía que había ido a por la radio. De modo que exclamó:

—¡Sí! ¡Vengo en seguida!

Antes de darse la vuelta y caminar deprisa hacia el salón. Le daba un poco de rabia tener que marcharse ahora, y perderse el resto de la conversación, pero se consoló pensando que más tarde Reggie le contaría cómo había ido. Apretó el paso. Él era el único que podía hacer este recado. Cuanto antes estuviera de regreso con la radio, mejor para todos.

Lo último que pudo escuchar del grupo mientras se alejaba, fue a Reggie decir:

—Hablando de otra cosa, tenemos noticias de Troy.

Eso fue todo. La voz de Reggie se quedó flotando en el pasillo gris a su espalda, formando ecos cada vez más tenues hasta desaparecer. Dan maldijo para sí la acústica de este dichoso pasillo. ¿De qué estaría hecho? Casi parecía el sótano insonorizado de Jordan, donde las paredes y la espesa moqueta engullían el sonido...

Se sintió bastante más animado al ver ante sí, a pocos pasos, un rectángulo de luz. También era amarillenta, pero iluminaba mucho más que la del pasillo. Dedujo que Little B debía haber encendido la lámpara del techo del salón, y se preguntó por qué lo habría hecho...

\*\*\*

William sintió que le daba un vuelco el corazón al oír la última frase de David.

—¿De Troy? —exclamó. Crispó las manos en el aire—. ¿Por qué no has empezado por ahí, hombre de Dios?

David permaneció imperturbable, cruzado de brazos ante él. Le miró con aire sabihondo y contestó:

—¿Acaso me has dejado hablar?

William sacudió la cabeza. No estaba como para ponerse a discutir ahora.

—¿Qué? ¿Qué es lo que sabes? —apremió.

—Sé que no para quieto en casa ni cinco minutos, por lo que se ve —dijo David—. Le he llamado, pero no estaba. He hablado con Seth.

«¿Seth?», se repitió William. «¿David conoce a Seth? ¿De qué? ¿Cuándo? ¿Cómo?».

Volvió a sacudir la cabeza. ¡No debía distraerse de lo importante! Aún con las manos crispadas, y con la voz aguda por la ansiedad, preguntó:

—¿Y qué te ha dicho?

—Dice que encontraremos allí a Troy a las dos, y...

—¡A las dos! ¿A las dos? ¿Y qué hora es?

—No lo sé, no tengo reloj —se encogió de hombros David.

—¿Y te quedas tan tranquilo? —se exasperó William, con voz de pito.

—Jordan ha quedado en llamarme a las dos para avisarme.

William dejó caer las manos y se desinfló. Su nerviosismo se evaporó como por encanto. Resopló, haciendo un sonido que a él le recordó demasiado para su gusto al relincho de un caballo, pero le dio lo mismo.

«¡Jordan!», rezongó para sí. «Ya, ya entiendo. Sabiendo que es el responsable de todo esto, será puntual, por la cuenta que le trae... O eso espero...».

\*\*\*

Por su parte, Little B continuaba sentado de brazos cruzados en el borde del brazo del sofá. Se preguntaba cómo les estaría yendo a sus compañeros, cuando volvió a escuchar pasos que se acercaban deprisa por el pasillo.

No lo pensó. Se puso en pie de un salto, y corrió a colocarse lo más lejos posible del umbral, delante de la ventana y de la puerta de la cocina, para poder ver desde allí de quién se trataba.

«No parecen los pasos lentos y pesados de Paul», se dijo. «Ese modo de caminar suena más bien al de Nobody. Pero, ¿por qué regresa tan pronto? ¿Ya han llevado a William a baño, han hablado con él, y han ido a tirar la basura? No lo creo. ¡No han tenido tiempo!».

¿Entonces...? ¿Por qué regresaba su colega? ¿Tal vez había vuelto a darle el dolor, y



Reggie le había mandado atrás, al salón, para mantenerlo a salvo?

«Sería propio del jefe Reggie», pensó. «Y sería lo mejor para los dos, para Nobody y para mí. Con tantos imprevistos, me siento a punto de darme algo».

Se llevó una mano al pecho, y respiró hondo para tratar de calmar los latidos desbocados de su corazón. Los pasos continuaron avanzando, y de improviso, su colega apareció en el umbral. Se detuvo allí y echó un vistazo alrededor.

—¿Qué ha pasado, Little B? —preguntó, alarmado—. ¿Por qué has echado las cortinas? ¿Has vuelto a ver a los intrusos?

—¿Qué? —se sobresaltó Little B.

La sola idea le ponía otra vez los pelos de punta. Se volvió para echar una ojeada a la cortina en cuestión. Al ver que la ventana continuaba bien tapadita por todas partes, suspiró, aliviado, y contestó:

—¡No! ¡No, qué va, colega! —Hizo un gesto con la mano—. Solo las he echado por si acaso. Me siento más seguro así. Y tampoco entraba tanta luz, de todas formas.

—Ah, menos mal que solo era eso.

Dan también pareció aliviado. Echó luego una ojeada a las cosas que tenían agrupadas en el suelo, junto al mueble, donde estaban los sacos de dormir y demás. Hasta donde Little B podía ver, el otro joven parecía encontrarse perfectamente. Estaba erguido, y no tenía la cara contraída en una mueca de dolor, ni se llevaba las manos al costado.

No obstante, como no podía imaginar otro motivo para el regreso prematuro de su amigo, le dijo, ansioso:

—¿Cómo estás? ¿El dolor no te deja en paz? ¿Por eso te ha mandado Reggie que le esperes aquí?

Dan pareció sorprendido por su pregunta. Le miró de nuevo, respondiendo:

—¿Qué? ¿El dolor? Ah, no, hermano, ya estoy bien de eso. He venido para otra cosa.

Avanzó unos pasos hacia los objetos que había en el rincón. Little B insistió:

—¿De verdad estás bien?

—Sí. No te preocupes.

Little B hizo una pequeña mueca. Se alegraba de que Dan se encontrara bien, pero a la vez... ¡Eso significaba que iba a marcharse de nuevo! ¡Seguro! Inquieto, se retorció las manos, preguntando:

—¿Cómo va todo? ¿Habéis salido fuera?

—Aún no. Reggie está hablando con William... ¡Ah, aquí está!

Para sorpresa y desconcierto de Little B, su colega se inclinó y recogió la radio del suelo, murmurando para sí:

—Llevaré esto también. A lo mejor le gustan...

Y agarró a bulto un puñado de cintas, todas las que le cupieron en una mano. Little B estaba perplejo. No entendía nada de nada.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceó.

Dan se incorporó despacio, cargando la radio entre sus brazos, y las cintas en una mano. Hizo una pequeña mueca de dolor, o eso le pareció a Little B, pero en seguida se rehízo. Se irguió de nuevo y tomó aire, antes de explicar:

—William le ha pedido a Reggie que le preste la radio durante un rato.

—¿Y Reggie ha dicho que sí? —exclamó Little B desmayadamente, en el colmo del espanto.

—Claro —contestó su colega, como si fuera lo más normal del mundo. Se volvió de nuevo hacia él, añadiendo—: El pobre se aburre mucho. Y nosotros no estamos usándola, de todas formas.

—Pero, pero...

Dan se acercó de nuevo al pasillo, con su carga en los brazos.

—No te preocupes, colega —dijo, en tono tranquilizador—. Todo va bien, ¿vale?

Y antes de que Little B pudiera contestar, había vuelto a marcharse deprisa. En su lugar solo quedó el umbral desierto, y Little B pudo escuchar el rumor de sus pasos que se alejaban por el pasillo.

El joven rapero se puso en jarras, murmurando para sí:

—¡Pero bueno! Reggie le presta la radio al prisionero... ¿Y a Nobody le parece *bien*? ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Invitarlo a almorzar con nosotros, para que nos vea las caras y nos denuncie a la policía? —Sacudió la cabeza, chasqueando la lengua—. El jefe Reggie es demasiado bueno para este mundo... —Hizo un gesto con ambas manos hacia el pasillo—. ¡Y lo peor es que se lo está contagiando a Nobody, maldición! ¡Él, que ya era bueno de antes...! —Volvió a sacudir la cabeza y repitió—: No entiendo nada...

\*\*\*

¡Pareja! Fídgerald ya había albergado en alguna ocasión la sospecha de que Troy y William pudieran ser pareja, sobre todo por el celo que el primero estaba demostrando para tratar de encontrar al segundo. Claro que oírlo de sus propios labios disipaba todas sus dudas...

Félix Fídgerald nunca había tenido pareja, no sabía lo que era eso. Estaba casado con su trabajo, como él mismo decía a veces, no sin algo de amargura. Era de familia humilde, y desde muy joven había tenido que trabajar duro para hacerse un sitio en la vida. Ningún otro policía tenía un expediente tan brillante como el suyo, y eso no era casual. Pero todo en esta vida tenía un precio. Y en su caso, el precio a pagar para ser el mejor de su departamento había sido renunciar a tener vida privada.

No le pesaba, conste. Fídgerald había sido testigo de los estragos que podía llegar a causar eso del amor. Lo veía en su trabajo todos los días. La gente asesinaba por amor, engañaba por amor, sufría por amor... Y sí, también llegaba a morir por amor.

A lo largo de los años, había descubierto que el amor era una de las fuerzas más poderosas del mundo, bien fuera el amor por otra persona, o el amor al dinero y al poder. En realidad, el amor movía el mundo. Estaba en el centro de todas las pasiones humanas.

Fídgerald no podía comprenderlo. Su mente era lógica y analítica, y había poco espacio en ella para los sentimientos. No tenía nada que ver con la de este joven, por ejemplo, que era pasional y temperamental, pero...

A la vez, sí. Porque Fídgerald también era una persona, no una máquina. Y muy en el fondo de su corazón, también sabía lo que era amar. Había algo que él amaba sobre todas las cosas, y era su trabajo. Aunque tuviera días malos como el de hoy, noches sin dormir, fracasos y decepciones, Fídgerald seguía amándolo. Si algún día llegara a perderlo, su vida se quedaría vacía y sin sentido, y él se quedaría roto para siempre. Ya no tendría nada por lo que pelear.

Troy peleaba por William y por su grupo, y lo hacía con la misma fuerza con la que él peleaba por sus casos. Fídgerald sí podía entender eso.

El joven que tenía sentado ante sí alzó un poco la barbilla, con aire altivo y orgulloso, y explicó:

—Procedo de una familia muy conservadora, de esas sureñas tradicionales. De las de ir los domingos por la mañana a Misa, y salir de allí para ir a practicar al campo de tiro.

Fídgerald frunció el ceño al oír esto último.

—¿Su familia tiene armas? —preguntó.

—Mi padre sí —asintió Troy—. O por lo menos, tenía cuando yo era pequeño. Mi hermano James por lo visto también, aunque de esto me enteré aquel día.

—Ya veo. Por favor, continúe.

—En mi casa ser diferente se considera pecado —dijo Troy—. Si no quieres ir a Misa, es

pecado. Si no te gustan las armas, también. Si te gustan los hombres, también... Todo lo que no sea ser como ellos es pecado.

Fidgerald asintió en silencio. Había conocido alguna de esas familias. Y también había habido alguna que otra oveja negra que le había contado historias similares. Al parecer, este joven pertenecía a este último grupo.

—Aquel día cometí el error de ir a verlos con mi novio, y de presentarle como tal —concluyó el chico—. Para James fue algo inaceptable.

—Comprendo —murmuró Fidgerald, volviendo a asentir.

—El coche fue lo único que se me ocurrió para ponernos a salvo. Encontramos la pistola en él de casualidad, y... Bueno, la utilicé para intimidarle, sí. —Se encogió de hombros, una vez más, y sacó una sonrisita torcida—. El tonto de James estaba tan furioso, que ni siquiera se dio cuenta de que no le había quitado el seguro.

Fidgerald hizo un ruidito, divertido al imaginar la escena. Desde luego, debió ser toda una aventura. Pero no se le pasó por alto un detalle.

«El seguro...», repitió para sí. «Puede que no le gusten las armas, pero sabe usarlas. Debí intimidar de veras a James ver que su hermano pequeño, el que normalmente rehuía el campo de tiro, le apuntaba con su propia pistola...».

La voz del guardaespaldas interrumpió sus pensamientos.

—Oh, Troy... —murmuró muy bajito, mirando al otro joven con abierta admiración—. Tuviste que elegir entre tu familia, tu pasado y todo lo que conocías hasta ese momento... Y William.

—Y escogió a William y a su grupo —contestó el tercer joven, el llamado Austin, con aire orgulloso. Miró a Troy desde su lugar, de pie detrás de Frank, y repitió, con una sonrisita—: Y escogió a William...

Por su parte, Troy se limitó a mirar a su amigo a su vez. Asintió muy serio, y no dijo nada más.

## Capítulo 9

Dan Nobody se internó de nuevo en el pasillo, con la radio en los brazos y las cintas sujetas en una mano. Hizo una pequeña mueca de dolor, agradeciendo estar solo otra vez, y que nadie pudiera verlo.

En realidad, había cogido la radio entre sus brazos —y no la llevaba en una mano, cogida por el asa, como habría hecho normalmente—, huyéndole al dolor. En el momento de inclinarse para recogerla del suelo, su costado le había lanzado una punzada de protesta. El aparato era voluminoso, y pesaba bastante. Tal vez fuera por eso.

«Little B también tuvo que cogerla en brazos ayer, cuando la trajo del coche. Y esta mañana, para llevársela a la ducha...» recordó. «Vaya, no es que yo me haya convertido en un flojucho de repente... De todas formas, ya hace algunas horas que me tomé el último calmante. Tal vez se estén pasando sus efectos, y por eso estoy ahora peor. He pasado la mañana bien, sin acordarme de esto para nada... Sí, debe ser por eso».

Se detuvo en mitad del pasillo, y reajustó mejor el pesado aparato entre sus brazos. Se tomó un instante en respirar hondo, despacio, para ver qué tal se portaba su lesión. Notó un vago resquemor sordo al final de la inspiración, pero nada más. Eso le tranquilizó.

«Por lo menos, no se ha puesto peor por haberme agachado», reflexionó. «Creo que podré salir fuera sin problemas».

Decidido, apretó los labios y reanudó su marcha, caminando todo lo deprisa que podía. Veía la espalda de Paul a pocos pasos. Ya casi estaba de nuevo con sus compañeros...

\*\*\*

Por su parte, Little B dejó caer los brazos con un suspiro, abatido. Decidió sentarse en una silla y matar el tiempo barajando las cartas entre sus manos mientras pensaba, y eso hizo. Se instaló despacio, reunió todas las cartas, y empezó a marearlas sobre su regazo, mirándolas sin ver.

«Estos van a tardar en volver», se dijo. «Si dice que Reggie está hablando con William, y que todavía no han salido fuera ni nada...».

Reggie hablando con William... Reggie le había dejado la radio al prisionero... ¿Cómo se le habría ocurrido decir que sí a algo como eso? ¿Qué iban a hacer ellos ahora, a ver? Era verdad que no estaban usándola... ¡Pero solo porque Reggie se había empeñado en hablar con William, y en ir a tirar la basura justo ahora! Si estuvieran los cuatro aquí sentados, como debía ser, por supuesto que estarían escuchando música tan tranquilos. A Little B le vendría muy bien para relajar sus muy sensibles nervios. ¡Pero no, señor! ¡Ahora era el prisionero quien iba a escuchar música, no ellos! ¡A ellos les tocaba consumirse de ansiedad mientras dos de sus compañeros

salían al callejón!

«No entiendo nada», se repitió, una vez más, frunciendo los labios, disgustado. «Pero casi envidio a William. Tiene todas las comodidades posibles en esa habitación. Que si una esterilla, que si el saco de dormir, almohadas, una mantita suave, libros... Ahora también la radio y algunas cintas. ¿Y qué más? En cambio, ¿qué hay para nosotros? ¡Ansiedad y más ansiedad! Miedo porque hay unos intrusos rondando... Miedo porque hay que llamar a Troy, y no tenemos ni idea de lo que nos va a decir... Miedo porque no tenemos coche...».

Se interrumpió. Volvió de nuevo la mirada hacia la ventana. ¡Ah, el coche! Eso le pesaba como una losa. Le hacía sentir más encerrado que nunca antes. Le pareció curioso, en el mal sentido, que ayer cuando llegaron aquí, los barrotes que tenía la ventana del salón por fuera le hubieran hecho sentir a salvo, protegido de los maleantes del lugar, y hoy en cambio, le hicieran sentir encerrado, preso en estas cuatro paredes.

«Y esto no es más que el anticipo de lo que nos espera», se dijo.

Volvió la mirada ahora al pasillo. No se oía nada, y desde luego, tampoco apareció nadie más por allí. Pero Little B tenía muy presente que William estaba aún fuera de su habitación, y por lo tanto, suelto por el apartamento.

«Y Reggie no hace más que darle confianzas», razonó. «En una de estas, William le va a desenmascarar, ya lo verás. Y entonces verás también dónde nos vamos a ver los cuatro. Y mientras, Jordan tan tranquilo en su casa...».

Le dirigió una ojeada al teléfono, que permanecía allí, inerte sobre la mesita, y continuó barajando las cartas.

«Lo estoy diciendo desde el principio», recordó. «Si ese carro tan bonito tiene que pasar la noche en el Bronx, nos quedaremos sin él, le dije a Jordan. Y él me contestó: “¡Qué exagerado eres, Little B!”». Hizo un mohín. «¿Y ahora qué? ¿Soy exagerado? ¿Verdad que no? Pues con William será lo mismo. Y con los intrusos esos también...».

Volvió a interrumpirse, y dejó caer las manos sobre su regazo, con la baraja entre ellas. Se le escapó otro ansioso suspiro, mientras le dirigía de nuevo una mirada al pasillo, preocupado.

Nobody no estaba bien del todo, no había más que verlo. Pero se hacía el fuerte para poder acompañar a Reggie. Cuando acabaran de hablar con William, saldrían a la calle los dos. ¿Se encontrarían con los intrusos aquellos en el callejón? ¿Y qué iban a hacer si esto ocurría? Con Dan lesionado, y Reggie tan canijo como era... ¿Cómo iba a proteger él solo a Nobody?

«¿Y para qué está Paul con ellos?», se preguntó.

«¡Paul va para ocuparse de la puerta, y de que no entren!», se contestó. «¿No oíste a Nobody? La puerta de atrás no puede cerrarse desde fuera. Si hay problemas, Paul tiene que quedarse dentro... ¡Para cerrarla y que esos tipos no nos invadan!».

«¿Y entonces...?», lloriqueó su corazón, asustado. «¿Quién ayudará a Reggie a cuidar de

Nobody?».

Little B volvió a barajar las cartas, con gestos bruscos y decididos ahora. Frunció el ceño y se contestó en voz baja:

—Yo, ¿quién va a ser? —Frunció los labios de nuevo—. Soy bajito y enclenque, pero si alguien intenta hacerle daño a Nobody, soy capaz de arrancarle la cabeza. —Asintió varias veces para sí, sin dejar de mear las cartas—. Tú dame unos minutos... Dame un ratito, para que William vuelva a estar en su cuarto, y verás... ¡Verás de lo que es capaz Little B!

\*\*\*

Mientras el rapero juntaba valor a su manera, Troy continuaba sentado delante del detective que llevaba el caso.

«Lo siento mucho, Will», se dijo, una vez más. «Sé que no quieres que la gente de fuera de nuestro círculo sepa que somos pareja. Y si hubieras estado aquí, tampoco te habría gustado tener que recordar lo que ocurrió aquel día. Pero al parecer, el detective no se lo ha tomado mal. A lo mejor esto ayuda a que se dé más prisa por encontrarte. Ojalá...».

—Entonces, ¿por eso le robó el coche a James? —preguntó Fitzgerald—. ¿Para huir de él?

—Sí —contestó Troy—. Quería poner a William a salvo.

El detective asintió, y Troy continuó explicando:

—Nosotros regresábamos a Nueva York al día siguiente. Le dije a James que lo recogiera en la plaza del Ayuntamiento. Allí se lo dejé, con la pistola en la guantera, tal como lo encontré.

—Y allí lo encontró James a su vez, hijo —intervino Hudson, dándole una palmadita en el hombro—. Hablé con él por teléfono para el tema del documento, y me lo contó. Todo estaba en orden.

—Mejor así —suspiró Troy.

—Deduzco entonces que su relación con su familia no es buena... —dijo Fitzgerald.

—Ahora no tengo relación —repuso Troy, alzando de nuevo la barbilla.

No pudo evitar que su voz fuera impregnada de una cierta dosis de orgullo. Superar aquello había sido algo muy difícil para él, y por tanto, lo llevaba a mucha honra, lo consideraba como uno de los logros de su vida. Admitir y aceptar que había perdido para siempre y de modo repentino a toda su familia, por el simple hecho de ser bisexual, y de tener una relación con otro hombre... Eso había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida.

Y sí, sus hermanos le habían maltratado desde que podía recordar, y su padre era severo y le

daba miedo hablar con él... Pero eran los únicos que tenía. Y aunque aún conservaba a su tío Andy, y tenía el apoyo y el afecto de William, el de sus amigos, el de Harold, e incluso el de Max...Y a ratos sentía que también el de Hudson... La sensación de tener un hueco en su corazón, de haberse quedado sin raíces... Esa nunca se iba.

De hecho, todavía se acordaba de su madre a veces, aunque tratara de no pensar mucho en ello. Los recuerdos siempre venían acompañados de la misma sensación de pérdida. La pena, el dolor y la impotencia se adherían a su imagen cada vez que la veía en su mente, por cualquier motivo. A veces eran tan intensos, que casi le daban ganas de llorar, y tenía que distraerse deprisa con otras cosas para no pensar.

Troy deseaba de veras que las cosas fueran diferentes. Pero no lo eran. Y llegados a este punto, lo único que podía hacer era seguir con su nueva vida, pelear por su grupo, y tratar de hacer las cosas lo mejor que pudiera.

Precisamente por eso estaba sentado aquí, delante de este detective fisgón, que se había empeñado en desempolvar el pasado y obligarle a revivirlo, sin ninguna finalidad aparente...

Troy estaba aquí por su grupo y por su pareja. Otra persona con una voluntad quizás más débil, o menos ambiciosa, habría disuelto el grupo ayer por la tarde, con tal de recuperar a William, aunque después hubiera tenido que enfrentarse a las iras del propio William... Y otra persona que quisiera menos a su pareja, tal vez no habría hecho lo que él hizo en Charleston... Pero Troy era así, no podía remediarlo. William y su grupo eran lo más importante para él. Y pensaba pelear con uñas y dientes, tanto por el uno como por el otro, hasta el final.

Por su parte, Fidgealrd volvió a asentir. Bajó la vista a los papeles que había sobre la mesa, y comentó:

—Según consta en su expediente, protagonizó usted algunas peleas en el instituto. Llegó a romperle la nariz a otro chico...

—Sí, al matón aquel —murmuró Austin—. Lo recuerdo.

Troy sonrió con ironía y respondió:

—Supongo que a sus ojos eso me convierte en un gallito peleón, ¿no? ¿Ha visto también que estuve en los Boy Scouts? ¿O eso no le interesa verlo?

Fidgealrd asintió de nuevo.

—Lo he visto. —Le miró de modo penetrante—. Y parece ser que su desempeño en los Scouts fue impecable. Por eso le pregunto por lo del instituto. No me cuadra que un *boy scout* noble y servicial vaya por ahí después metiéndose en peleas.

«¡Vaya! ¡Por fin dice algo que tiene sentido!», pensó Troy.

Asintió a su vez, ya serio, y explicó:



—Todas aquellas peleas fueron para proteger a otras personas de algún matón. Ya ha oído a Austin. Él presencié algunas.

Fidgerald alzó la vista hacia el batería, que respondió a su muda interrogación, diciendo:

—Es verdad, señor. Él no empezó ninguna de esas peleas. Al contrario, intentó sacar a la víctima de allí. Pero los otros no le dejaron.

—Como ocurrió en el metro, en Pascua —volvió a intervenir Hudson.

—Sí —dijo Austin.

Troy se movió en su silla para echarse un poco hacia delante, y explicó:

—Mire, no tolero el maltrato. No puedo verlo y quedarme tan tranquilo, ¿entiende? Y no puedo porque lo he vivido. Mis hermanos me pegaban desde que era pequeño, y a mi padre le parecía bien. Decía que a ver si así me hacía un hombre. Y un buen día me cansé y tomé medidas.

Hizo una pausa para mirar a Fitzgerald con algo de resentimiento. Este viaje al pasado estaba durando demasiado tiempo para su gusto. No obstante, continuó:

—No puedo decir que eso me convirtiera en un protector de los desamparados, ni en un superhéroe, aunque alguna vez me han tratado como tal...

Cambió una sonrisa con Austin al recordar al dependiente de la gasolinera de anoche. El batería sonrió también, y enterró la barbilla en la solapa de su chaqueta de cuero, para tratar de disimular.

—Trato de vivir como todo el mundo —prosiguió Troy—. Pero si los problemas me buscan a mí... O si veo que buscan a alguien más débil e indefenso... Bueno, no soy de los que se quedan quietos y no hacen nada. Si usted cree que eso me convierte en un matón...

—No, joven —interrumpió Fitzgerald, negando con la cabeza—. Eso no le convierte en nada más que en un ciudadano responsable.

«Ah, me alegro de saberlo», pensó Troy, forzándose a sí mismo a relajarse de nuevo sobre su silla. «Porque vaya mal rato me está haciendo pasar...».

\*\*\*

Reggie todavía se sentía miserable por aquel «mi novio» dicho tan a la ligera delante del prisionero. Sentía que había sido una de las peores meteduras de pata de su vida.

Sin embargo, al oír hablar a William, había vuelto a recordar, de modo abrupto —tanto, que casi sintió una sacudida mental—, que el otro joven estaba fuera de su habitación. Lo tenía de pie

a dos pasos de él, vaya. Y al principio de toda esta aventura, Reggie se había prometido a sí mismo que, ya que le había tocado en suerte tener que ser el jefe, y ser el único que podía hablarle, iba a protegerse lo mejor que pudiera. Y solo tenía un modo de hacerlo, y era no bajando nunca la guardia. Ahora que además también quería proteger a Dan de las posibles consecuencias de su metedura de pata, con más motivo.

«¡Este no es el momento de ponerme a pensar, ni mucho menos, de compadecerme de mí mismo!», se reprendió. «¡William, Reggie! Céntrate en él y en lo que estás haciendo. ¡Ya tendrás tiempo de arreglar las cosas con Danny más tarde!».

Con un esfuerzo, se irguió en toda su estatura, echó los hombros hacia atrás, y levantó la cabeza, tenso y casi desafiante. Trató de echar hacia atrás también las emociones en su mente, y de no pensar más que en el hombre que tenía delante. Necesitaba volver a ponerse su máscara de fría y desapegada compostura a toda costa. Intuía que era lo único que podía hacer que William continuara guardándole algo de respeto.

Miró al otro joven con atención, y se sorprendió al ver que William también tenía aire pensativo. Había fruncido ligeramente el ceño en un gesto de concentración, y miraba ante sí, como sumido en sus reflexiones.

«Menos mal, parece que no me he perdido nada», pensó Reggie. «Qué alivio ver que no soy el único que se distrae dentro de sí mismo de vez en cuando».

Tomó aire y lo soltó poco a poco. Le gustó sentir el peso de sus brazos cruzados sobre su pecho. Le hizo sentir anclado a tierra. Entre eso y la cara de William, tuvo la impresión de que estaba más en control de la situación de lo que él mismo había creído en un principio, y esto le consoló. Había metido la pata con Danny, pero no la había metido también bajando la guardia con William, hasta el punto de que fuera el prisionero quien estuviera al mando aquí.

Sintiéndose bastante más tranquilo y sereno, puesto que al fin y al cabo, tenía lo que más necesitaba estando con William, que era el control...Y sabiendo que nunca lo había perdido realmente...Reggie hizo memoria. ¿De qué habían estado hablando? Porque William era una de las personas más dispersas, imprevisibles y caóticas que había conocido en su vida. Tenía el don de hacer que una conversación derivara por terrenos insospechados en cuestión de segundos. Reggie se preguntó cómo lo haría para mantenerse concentrado durante los conciertos, porque su capacidad de atención parecía ser la misma que la de un colibrí. Siempre estaba revoloteando de una cosa a otra.

«Será por la música, que le mantiene centrado», se dijo. «La música sana. Es mágica».

Y quizás por haberse acordado de ella, logró recordar también, de repente, de qué habían estado hablando. O para ser más exactos, de quién... ¡De Troy!

## Capítulo 10

Reggie decidió romper el silencio y concluir cuanto antes con la información que quería transmitirle a William.

—Seth también me ha dicho... —comenzó.

William parpadeó y su mirada se aclaró. Clavó en él sus ojos negros, por entre la frondosa mata de rizos castaños que le caían a los lados de su rostro, brillantes y vaporosos. Sus rasgos cincelados adoptaron una expresión alerta e intensa. Reggie tenía que reconocer que era muy guapo. Entendía que las fans se pelearan entre ellas por sus huesitos...

Se le ocurrió pensar que a lo mejor eso de saltar de una cosa a otra era producto del estrés, y que William en realidad no tenía ni mucho menos la mente de un colibrí. Su mirada era seria e inteligente. En cuestión de segundos, se había preparado para absorber como una esponja cada palabra que dijera Reggie.

—¿Qué? ¿Había algo más? —preguntó el prisionero.

Reggie hizo un gesto de hastío.

—Sí, pero no me has dejado terminar —contestó.

William se irguió a su vez, y le hizo un gesto caballeroso con una mano.

—Contadme de qué se trata, señor, os lo ruego —enunció, dándose un aire muy afectado.

«Rayos, este hombre ve demasiada televisión», se dijo Reggie, haciendo un mohín.

Pero otra vez le estaba distrayendo, y tuvo que morderse el labio inferior y hacer memoria para retomar el hilo. Estaba demasiado cansado, ese era el problema. Uno no podía tener conversaciones importantes cuando a duras penas podía estar despierto...

«Ya no te digo eso de pensar», concluyó en su mente. «A ratos me parece casi un bello recuerdo...».

—Seth me ha dado un mensaje de parte de Troy —anunció.

—¿Y cuál es, por favor? —exclamó William, volviendo a crisar las manos en el aire.

—Troy dice que él también tiene algo que decirnos.

—¿Cómo? ¿Qué clase de trabalenguas es ese? —se desesperó William.

Reggie se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Creí que tú lo sabrías.

—¿Yo? ¿Qué voy a saber yo?

—No sé. Podría ser un mensaje en clave, o algo así.

—¿Qué demonios...? —William se interrumpió. Se quedó pensativo otra vez, y murmuró para sí, mirando al techo con una mano en la barbilla—: Troy dice... Que él también tiene algo que deciros... —Miró a Reggie y le señaló con un índice, largo y delgado—. A vosotros, supongo.

—M-m —asintió Reggie.

William se llevó de nuevo la mano a la barbilla y se dio golpecitos con el dedo. Lo pensó durante unos instantes más.

—Pues no sé —contestó, negando con la cabeza—. Como no sea que os vayáis a tomar viento...

Reggie hizo otro gesto de hastío.

—¿Crees que Troy diría eso? ¿En serio?

—Es que suena a manera educada de mandar a alguien a la porra, qué quieres que te diga —se defendió William.

—¿Tan harto está Troy de ti, que quiere mandarnos a la porra? Si lo hiciera, te quedarías con nosotros para siempre. ¿Te gustaría?

William se sacudió, como si acabara de darle un escalofrío de horror.

—¡Brr! No, la verdad. Y no es por ti, David. Tú eres un ángel.

—Ya.

—Y la comida es estupenda.

—M-m.

—El cuarto de baño deja mucho que desear, aunque para lo básico, puede servir.

—¿Pero...?

—¡Pero soy una estrella! ¿Entiendes? —exclamó William, llevándose las manos al pecho con una pose teatral—. ¡Y mi público me está esperando! Tengo que cantar mañana en el estadio de los Yankees. Así que me temo que no puedo quedarme con vosotros para siempre.

Parpadeó varias veces, con una sonrisa beatífica. Reggie miró a Paul, que le miró a él a su vez, encogiéndose de hombros, como si pensara: «¿Qué vamos a hacer con él?».

El batería suspiró y sacudió la cabeza. «Si supiera que tiene delante a dos Red Devils...», pensó. «Y que nosotros sí que tenemos que estar mañana en el estadio...Y todavía no sabemos si podremos ir o no...».

—Total, que no lo sabes —dijo en cambio.

—¿El qué? —preguntó William, todo inocencia.

—Lo que ha querido decir Troy con ese mensaje tan raro.

—Pero, ¿cómo lo voy a saber, David? —volvió a desesperarse William. Señaló la puerta abierta de su habitación con ambas manos—. ¿Tú crees que ahí dentro puedo enterarme de algo? ¿Crees que me comunico con Troy por telepatía en las horas muertas?

Y antes de que Reggie pudiera contestar, añadió, como si lo hubiera pensado mejor:

—Cosa que me gustaría de veras, para qué te voy a engañar. No sé dónde estoy, pero le daría todas las pistas que pudiera. Ya verías lo que iba a tardar Troy en presentarse aquí con los Marines.

Reggie sonrió. Escuchó una risita sofocada a su espalda, y esta vez no regañó a Paul. A él mismo le había hecho gracia la ocurrencia.

—¡Pfff! ¡Los Marines! —contestó—. ¿Y qué más?

William alzó un dedo en el aire a modo de advertencia.

—No menosprecies a Troy Anderson, amigo mío —dijo—. No le apodan «El Prodigio» en vano.

Paul se rió más fuerte. Reggie exclamó:

—¡Le apodan así por la música, hombre!

—¿Y eso lo sabes tú por...? —preguntó William, mirándole con una sonrisa, interesado, y uniendo las yemas de los diez dedos delante de su torso.

Reggie estuvo en un tris de contestar: «¡Porque me lo ha dicho Keith, que es fan suyo!». De hecho, empezó:

—Porque...

Y se interrumpió. Tuvo que apretar los labios con fuerza para retener dentro el nombre de su amigo, y que no se le escapara. ¡Otra equivocación no, por favor! ¡Otro desliz no! ¡Ya había metido la pata suficientes veces por hoy! Desesperado, improvisó como mejor pudo.

—Porque yo también veo la televisión... —Volvió a encogerse de hombros—. De vez en cuando.

William dejó caer los brazos y le miró con el ceño fruncido por entre su cabello rizado.

—No era eso lo que ibas a decir —gruñó. Se irguió otra vez y puso una mano en jarras, señalándole con la otra. Volvió a sonreír—. Tú eres músico, lo sé.

—¿Se puede ser músico y secuestrador a la vez? —contestó Reggie, en un esfuerzo por despistar al prisionero.

Era de veras perspicaz e inteligente, este William... Y estaba descansado, cosa que él no...

El otro chico le miró con cara de pez y dijo:

—No sé. ¿Se puede?

Reggie resopló. Muy oportunamente, escuchó acercarse los pasitos livianos de Dan Nobody a su espalda. Sintió que su corazón daba un saltito de ilusión al reconocerlos.

«¡Danny!», pensó. «¡Mi precioso rapero viene a rescatarme de este diálogo de besugos sin sentido! ¡Gracias a Dios!».

Se volvió para echar una ojeada por encima de su hombro. En efecto, Dan estaba a pocos pasos de ellos, y se acercaba deprisa, con la radio en los brazos y un montón de cintas en una mano. Reggie solo tuvo que ver la hermosa sonrisa que traía para saber que había estado escuchándolo todo, o al menos, buena parte del diálogo de besugos en cuestión, y sintió alegría en el corazón.

Si aquello había hecho sonreír a Danny de esa manera, era porque no estaba furioso por lo de antes, ¿verdad? Esperaba que fuera así...

\*\*\*

Entretanto, de vuelta en la comisaría, Frank se encontraba de nuevo anonadado por todo lo que estaba escuchando. Malos tratos, los Scouts, familia rígida y exigente, armas, peleas, matones... No tenía idea de que su protegido llevara tras de sí un pasado semejante. ¡Y pensar que cuando lo conoció, ayer a esta hora, creyó que no era más que un músico con vocación de famoso! Una estrella fugaz, por aquello de que ya habían tenido una canción en el número uno en ventas, pero poco más. Ahora entendía la devoción que le profesaban Seth y Austin al dragón... Ahora entendía.

Pero había algo de lo que acababa de decir Troy que había despertado su curiosidad. Antes de poder darse cuenta de lo que hacía, preguntó:

—¿Dices que tomaste medidas, Troy? ¿Qué clase de medidas?

Troy se volvió hacia él para explicar:

—Cuando estaba en el instituto, me busqué un instructor de defensa personal, a escondidas de mi familia, por supuesto. Le pagué con lo que ganaba lavando coches, y haciéndoles recados a los vecinos. —Señaló con la cabeza la mesa de Fitzgerald, añadiendo—: A esos mismos que sacaron aquella noticia en el periódico, sí.

Sonrió un poquito, apenas la elevación de una comisura, como si pensara con sorna: «Los muy ingratos...». Frank insistió:

—¿Has dicho defensa personal? ¿Por eso sabes pelear tan bien? —Miró un instante al detective para explicarle—: Porque sabe de veras, señor. Ayer se defendió como un experto. Sentí que éramos dos guardaespaldas tratando de proteger a William, no uno solo.

Fitzgerald no contestó, se limitó a asentir con la cabeza. Troy continuó:

—Mi instructor había sido Marine, Frank. Me enseñó nociones de kárate y taekwondo, entre otras cosas...

Frank asintió, mirándole con grandes ojos.

—Ahora entiendo —murmuró—. Es que nunca antes había visto un cliente como tú. Por la noche estuve pensando, y me pregunté por qué quisiste contratar seguridad. Sabía que Jordan os estaba molestando... —Hizo un gesto con la mano hacia el otro joven—. ¡Pero tú te bastas solo para mantenerlo a raya!

—A Jordan sí. Pero ya viste a esos otros... —contestó Troy, sacudiendo la cabeza con pesar.

Frank se desinfló. Dejó caer la mano.

—Sí —convino—. Hay cosas que nos superan a todos.

—Pero este muchacho acaba de hacer una buena pregunta —intervino el detective—. ¿Por qué contrataron ustedes seguridad? Además, según dijo su mánager, fue el día antes del secuestro. ¿Me equivoco?

Los miró al uno y al otro. Frank contestó:

—Ayer fue mi primer día trabajando con ellos, sí.

Fitzgerald se volvió hacia Troy.

—¿Por qué?

El otro joven hizo una pequeña mueca.

—No fui yo quien tuvo la idea. Pero William y mis amigos tenían miedo, así que...

Cambió otra mirada con Austin, que contestó:

—Y ahora me alegro de haberlo hecho, jefe. No nos equivocábamos. Es evidente que ese tipo estaba tramando algo gordo.

—Sí, pero no podíamos pensar que iría a por William —dijo Troy—. Y a la vez, sí. De hecho, no sé cómo pude bajar la guardia de esa manera. Era muy obvio. Lleva todo el mes obsesionado con él...

—Ya —murmuró Austin, bajando tristemente la cabeza.

—¿De quién están hablando? —inquirió Fidgeal. ¿De su sospechoso? ¿El señor Grant?

—Sí —contestó Troy—. Ya le digo, lleva todo el mes obsesionado con William. Ha intentado atraerlo a su grupo, hacer que se vaya a vivir a su casa, ponerlo en contra nuestra...

—Nos saboté un concierto, le lavó el cerebro a Max y estuvo a punto de dejarnos también... —continuó Austin—. Nos amenazó...

—¿Les amenazó? —repitió Fidgeal, como un eco.

Troy volvió a asentir.

—Sí. Me llamó para pedirme que no fuéramos al concierto de mañana. Como me negué, me contestó: «A partir de ahora estáis en peligro».

—Sí, señor. Lo hizo —asintió Austin a su vez.

—¿Por eso tenía miedo William? —quiso saber el detective, interesado.

Troy se limitó a asentir de nuevo por toda respuesta.

—Normal —intervino Frank—. No puedo imaginar una amenaza más clara que esa.

—¿Y no denunciaron ustedes? —preguntó Fidgeal, que se había quedado de pronto muy serio.

—Pensé que sería un farol, para darnos miedo —contestó Troy, encogiéndose de hombros—. Connor, mi instructor, decía siempre que un matón en el fondo no es más que un gran cobarde, y es verdad. Así que no quise tomarlo en serio.

—Es verdad —dijo Austin—. Troy fue el único que no se asustó, señor detective. Pero William sí, tenía mucho miedo.

—Mucho —asintió Troy—. Y no por él, pobrecillo. Tenía miedo por mí. —Bajó la cabeza y apoyó la frente en una mano, murmurando para sí—: No puedo imaginar lo que estará sintiendo allí solo con esos malvados.

—En realidad, William ha estado asustado desde que mataron a Charlie Orson —continuó Austin.



—Es cierto —dijo Troy. Levantó de nuevo la cabeza y explicó—: Como era guitarrista como yo, tenía mi edad, y dicen que lo asesinaron por su orientación sexual...

—Eso fue lo que su familia le dijo a la prensa —intervino Fidgeard—. Pero el caso no está cerrado, ni mucho menos. El asesino aún está en busca y captura, y la investigación continúa avanzando.

—¿Y lo van a encontrar? —dijo Troy, escéptico—. Ese lunático debe estar ya muy lejos, en otro país...

Por primera vez desde que le conocían, Fidgeard sonrió.

—¿Sabe, joven? —le dijo a Troy, en tono casi bromista—. Creo que tener un poquito de confianza en la policía no le haría ningún mal.

Troy también sonrió.

—Perdone, no es nada personal —contestó—. Pero si hay algo que he aprendido en esta vida, es a desconfiar de las figuras de autoridad. Padres, profesores, jefes, policías... Si tienes problemas, se ponen en contra tuya. Y al final, tienes que apañártelas solo.

—M-m —asintió Fidgeard—. Pero no todos los policías somos iguales... No todos los rockeros lo son tampoco, ¿verdad? Ustedes, por ejemplo, son músicos poco corrientes.

Troy debió tomar esto como un cumplido, porque sonrió otra vez y contestó:

—Gracias.

—De nada —gruñó Fidgeard. Luego tomó aire profundamente y se irguió en su silla. Su rostro adoptó su expresión severa y adusta habitual, y dijo—: Bien, como señaló antes el letrado, también he estado investigando al señor Grant. Y tengo algunos datos.

Frank se sentó más erguido en su lugar a su vez, mirando al detective con curiosidad. Por su parte, después de todo lo que acababan de contar Troy y Austin, añadido a lo poco que él sabía de antes, el guardaespaldas ya no tenía ninguna duda de que Jordan era el responsable de todo esto.

«Le pidió a Troy que no fueran al concierto... El secuestrador le pidió ayer que disolviera su grupo... ¿Quién va a pedir esas cosas, si no es un músico rival y envidioso?», se dijo.

En todo caso, no se le pasó por alto algo curioso. Desde el momento en que Troy se relajó y empezó a hablar de su pasado, la tensión que había estado flotando en torno a la mesa del detective se había ido disolviendo poco a poco, y al final, el ambiente era otro muy distinto. Ahora había respeto, comprensión, e incluso un leve tinte de camaradería. Troy y Fidgeard aún estaban muy lejos de poder trabajar en equipo. Pero Frank intuía que la opinión que tenía el detective del otro chico había cambiado para bien, después de esta conversación.

«Ha sido casi agradable», pensó. «Lo que empezó pareciendo un interrogatorio, ha

terminado siendo una charla entre amigos. Y eso no lo ha hecho la rigidez de Fidgeal, sino Troy y su voluntad de colaborar, a cualquier precio».

Le parecía increíble que el individuo más joven hubiera sido el que se hubiera doblegado y adaptado al modo de proceder del mayor. A su modo de ver, esto decía poco acerca de la madurez mental de Fidgeal y Hudson, que se creían que lo sabían todo, y mucho a favor de la madurez de Troy.

«Claro que yo no puedo ser imparcial», se dijo Frank, sonriéndose para sí con disimulo. «Porque es mi cliente. Y además, tengo casi su misma edad...».

Sí, y por eso mismo sabía cuánto le había costado esto a Troy, y valoraba el gesto. De hecho, le admiraba por esto también. Sabía que él no habría sido capaz de comportarse así, de haber estado en su situación.

—Como les dije ayer, el señor Grant no tiene antecedentes —explicó Fidgeal, con un leve carraspeo—. Pero él sí dispone de permiso de armas, y tiene varias registradas a su nombre, desde hace años.

—¡Vaya! —murmuró Frank, sorprendido.

Miró a Troy, que no pareció impresionado por la noticia. Por el contrario, asintió tranquilamente, y dijo:

—William las vio en el sótano de la mansión, un día que estuvo en el Averno.

## Capítulo 11

Troy apretó los labios, decidido a no dar más detalles. No quería que se le escapara que William también vio que Jordan usaba una foto suya como diana, ni que la tenía hecha un colador...

«¿Para qué se lo voy a decir?», pensó. «Lo más probable es que no me crea, o que pregunte otra vez por qué no lo denunciemos... ¡Como si eso fuera tan fácil con alguien como Jordan Grant! Nos habríamos puesto en contra a medio mundo, al primero a nuestro propio mánager...».

Además, ni él mismo comprendía por qué tenía Jordan allí aquella foto suya, y ahora en cambio era William quien estaba secuestrado. Ayer por la tarde, Troy estuvo en su casa para ofrecerle cambiarse él por William, y Jordan hizo como si no supiera nada del asunto... ¿No le quería a él? Entonces, ¿por qué le disparaba a su foto?

«Ya lo dijo Will», recordó. «Ese tío está loco».

—He tratado de averiguar dónde estuvo el señor Grant anoche, pero por el momento, no lo he conseguido —continuó Fitzgerald.

«¿Ha probado a preguntarle a él? Si van varios policías de uniforme y le muestran sus placas, a lo mejor le intimidan y les dice la verdad, por una vez», se dijo Troy.

Pero por supuesto, Fitzgerald no iría a interrogar a Jordan. Él también debía pensar que era un famoso importante, con dinero, contactos y tal, y por tanto, intocable, mientras que Troy y William eran solo unos ciudadanos anónimos más...

Por eso había escarbado en el pasado de Troy, aireando cosas que él habría preferido dejar dormidas allí, donde debían estar... Pero sin embargo, aún no había hecho lo más simple, que era sentarse frente a Jordan e interrogarle a conciencia.

«Seguro que a esta hora ese diablo ya debe estar en su casa», pensó. «Lo hará como ayer, para guardar las apariencias. Y al parecer, lo consigue y engaña a todo el mundo, porque allí continúa, con las manos limpias y libre de sospechas...».

—Entonces, ustedes descartan que haya podido ser el hermano de Troy, en venganza por lo que ocurrió en Semana Santa —dijo el detective, mirándole a él y a Hudson alternativamente.

Por suerte para Troy, fue el abogado quien respondió:

—Lo descartamos por completo. James Anderson es abogado, teniente. No pondría su carrera en peligro de esta manera.

Fitzgerald asintió despacio y dijo, como si estuviera hablando para sí:

—Eso nos deja entonces con un solo sospechoso: el señor Grant.

Troy se sobresaltó en su silla. ¿Había oído bien? ¿Fidgerald por fin se había dignado considerar a Grant como sospechoso? ¿Y a qué se debía ese milagro?

Como si le hubiera leído la mente, Fitzgerald continuó diciendo, mientras leía otro de los papeles que había sobre su mesa, sosteniéndolo con una mano, y mirándolo con las gafas en la punta de la nariz:

—Indagando en la prensa, también he encontrado ciertas fotos del señor Grant con el señor Miller en el puerto deportivo.

—William negó esa relación al día siguiente, en la misma revista que lo publicó —contestó Troy, rápido como el rayo.

No iba a consentir que aquella mierda salpicara el buen nombre de su novio... Ni le hiciera quedar a él como cornudo, por otra parte.

«Ahora que Will no está, soy yo quien tiene que proteger su reputación. No consentiré que nadie le relacione con ese mal bicho llamado Jordan, salvo como lo que es: su víctima», se dijo, decidido.

Pero para su sorpresa, Fitzgerald asintió, impertérrito, y dijo:

—El señor Grant también la desmintió. Dijo que había sido un malentendido. Pero lo hizo tres días más tarde, y no empleó unos términos tan claros como el señor Miller...

—¿Qué está insinuando? —dijo Troy, poniéndose tenso otra vez.

—Que lo hizo a regañadientes, joven. Eso insinúo.

—Ah.

Troy se forzó a sí mismo a relajarse de nuevo sobre su silla. Fitzgerald tomó ahora su cuaderno de notas, y pasó algunas páginas. Al fin, pareció encontrar lo que buscaba, porque leyó:

—Esta mañana, con motivo de lo ocurrido en el Averno anoche, tuve una conversación con el mayordomo del señor Grant.

—¿Y...? —apremió Troy, empezando a mordisquearse la uña del pulgar.

—Me dijo que dicho señor Grant salió anoche de casa en un coche que no era de los suyos habituales, aunque tampoco dio detalles, y que iba bien cargado.

—¿Cargado? —repitió Troy sin comprender.

—Sí. Por lo visto, durante la tarde de ayer estuvo enviando a su chófer a hacer unas compras también poco habituales, en la opinión del mayordomo. El buen hombre estaba bastante impresionado. Me dijo que en el coche llevaba... —Pasó la hoja y leyó—: Papel higiénico, ropa, productos de aseo, dos bolsas de comida, sacos de dormir, esterillas, y... —Entornó los ojos, poniendo cara rara, como si le costara descifrar su propia letra—. Sushi, creo, y un pastel. Todo

ello en cantidad suficiente para seis u ocho personas.

—¡Vaya! —murmuró Austin, sorprendido.

—Le pregunté si había quedado con sus amigos para ir de acampada, por ejemplo, por lo de los sacos de dormir, y me dijo que no, que él supiera. —Leyó otra vez—: «El coche no era bueno para meterlo en el campo», me dijo. «Y los Red Devils nunca se reúnen los días antes del concierto anual, salvo para las pruebas de sonido».

—¡Que son esta tarde! —exclamó Troy, sentándose más erguido en su silla—. ¡Eso significa que no está con ellos! ¿Verdad? ¡Está con otra gente!

Fidgerald gruñó:

—El mayordomo me dijo que durante el día de ayer llamó varias veces a la casa uno de los compañeros y amigos del señor Grant, un tal señor Reginald.

Austin se sobresaltó y exclamó con ilusión, como si acabara de oír nombrar a alguien de su familia:

—¡Ah! ¿Reginald Davis?

Fidgerald alzó la cabeza y le miró, un poco sorprendido por su entusiasmo.

—Ah... Creo que sí. ¿Por...?

—¡Es el batería de los Red Devils! —contestó Austin. Y le sonrió a Troy, añadiendo, algo avergonzado—: Soy fan suyo desde hace tiempo, ya lo sabes...

Troy se volvió hacia Fidgerald.

—¿Es posible que Jordan se fuera anoche a casa de este Reginald? —le preguntó.

—Reggie —corrigió Austin en voz baja—. No le gusta Reginald. Se llama Reggie.

Fidgerald sacudió la cabeza.

—No lo veo probable. Llamé a casa del señor Davis esta mañana también, pero allí no había nadie.

—Oh... —murmuró Troy.

—No me sorprende —dijo Austin, muy seguro—. Su concierto anual es algo muy importante para Reggie. He leído que a veces se va de retiro los días previos.

Troy levantó la cabeza para mirar de nuevo a su amigo, sorprendido.

—No tenía idea de que supieras tanto de los Red Devils —le dijo.

Austin se limitó a encogerse de hombros, con una sonrisita. Pero al oír nombrar al tal Reginald le había cambiado la cara. Estaba sonrojado, y le brillaban los ojos de ilusión.

«Supongo que todos necesitamos un héroe al que admirar y emular», pensó Troy, con una sonrisita. «No veía a Austin tan entusiasmado desde que Max nos dijo que íbamos a ser los teloneros de los Red Devils».

Y en parte, por eso estaban aquí, ¿verdad? Porque Max decía que sería publicidad, a Austin le hacía ilusión poder tocar junto a sus ídolos, y William quería cantar delante de un estadio. Si hubiera sido por Troy, le habría dicho a Jordan que sí, que dónde había que firmar para no ir al concierto de mañana. Pero no era el único integrante del grupo. Eran cuatro Dragon Riders. Y lo justo era que todos pudieran cumplir sus sueños...

\*\*\*

Austin no sabría decir lo que sintió al escuchar el nombre de Reggie. Alegría e ilusión eran palabras que se quedarían cortas.

«¡Tiene que estar refiriéndose a él!», pensó. «Reginald no es un nombre frecuente. Y el apellido de Reggie es Davis. ¡Tiene que ser él!».

Austin era fan de Reggie desde hacía algunos años, desde antes incluso de que ellos mismos decidieran ir en serio con su grupo. Admiraba la potencia de sus brazos, lo limpios que sonaban sus redobles, lo impecables que eran sus ritmos... Reggie nunca fallaba una nota, nunca entraba antes o después de tiempo, era un profesional en cada canción que tocaba, fuera en directo o en estudio. A los ojos de Austin, era sencillamente el mejor batería de todos los tiempos. Y para él era un honor poder compartir escenario con él mañana. Era como poder ver cumplido uno de sus más acariciados sueños.

De hecho, a ratos sentía pena, porque el secuestro de William y la preocupación por su paradero, y por el bienestar de Troy, estaban acaparando toda su atención, y no estaba teniendo ni un minuto de paz para poder saborear la sensación de nervios y de anticipación, al ver que ese sueño estaba cada vez más cerca de cumplirse. Tan solo unas horas más, y se vería en los vestuarios del estadio, saludando a los Red Devils... Austin no quería ver a Jordan, desde luego. Pero sería un placer para él estrechar la mano de Keith, de Liam, y por supuesto, también la de Reggie.

«O quizás les veamos esta tarde, en los ensayos», pensó con ilusión. «Aunque... ¿Iremos nosotros, tal como están las cosas? No creo que el jefe lo haya decidido todavía».

Miró a Troy de soslayo. Este estaba mirando de nuevo a Fitzgerald, muy serio, mientras el policía seguía hablando. Pero en esta ocasión, Austin no prestó atención a lo que decía. Estaba demasiado emocionado pensando en otra cosa...

«¡Dice que ha llamado a casa de Reggie!», se asombró. «¡Tiene casa y tiene teléfono, como

la gente normal! Quiero decir... No ha dicho "mansión", ¿verdad? Y no me sorprende. Reggie no es un engreído como Jordan. Y que yo sepa, tampoco es un rico heredero...».

Austin sabía muchas cosas de Reggie, todo lo que un fan incondicional podía llegar a saber de su ídolo. Por ejemplo, sabía que tocaba también otros instrumentos de percusión, no solo la batería. Sabía que era un apasionado de la repostería, algo que le hacía mucha gracia, y que él consideraba adorable. Y también sabía que era gay, y que había tenido mala suerte con sus parejas. Hacía ya tiempo que terminó con su último novio, y no había vuelto a aparecer en ninguna revista con ningún otro chico en actitud cariñosa. Claro que aplicarle eso de «cariñoso» a Reggie era mucho decir, porque solía mostrarse reservado y muy recatado con la prensa. Nunca le habían sorprendido con nadie en ninguna situación comprometida, incluso en los momentos en los que había tenido novio declarado. En este sentido, Reggie era lo contrario de Jordan Grant.

En verdad, esta era una de las pocas cosas que Austin ignoraba de su ídolo: cuál era exactamente su relación con Jordan. No tenía idea de cómo se llevaban los Red Devils entre sí, ni cómo se comportaba Jordan cuando estaba con sus compañeros.

«Y es normal», pensó. «Esas cosas se quedan en casa, por así decir. Un grupo es como una familia. Si hay problemas, se resuelven de puertas para dentro».

En todo caso, le había hecho ilusión oírle nombrar. Y no le sorprendió que hoy no se encontrara en su casa. Reggie debía estar de retiro, concentrado en su concierto de mañana.

«Y mientras nosotros aquí...», se dijo. «Me pregunto qué clase de papel vamos a hacer mañana. Menos mal que el jefe nos ha tenido ensayando sin parar durante semanas, porque si no...».

Suspiró. Austin no dudaba de que lo que habían ensayado les ayudaría a hacer una actuación decente de cara al público. Pero también le gustaría poder causarle una buena impresión a su ídolo, algo que se le antojaba mucho más difícil.

«Seguramente para Reggie solo soy uno más de tantos baterías con los que han compartido escenario», meditó. «Y así debe ser. No todos podemos estar entre los grandes. Pero va a ser estupendo poder verle tocar mañana en primera fila».

Por supuesto, Austin conocía a Reggie en persona. Le vio junto con sus compañeros en el Averno, a primeros de mes, en la fiesta de Jordan. Pero no tuvo ocasión de hablar con él ni dos palabras. Reggie no se separó de Paul y de Liam en toda la fiesta, y a Austin le dio vergüenza acercarse para decirle que era fan suyo. Además, no se sintió cómodo en absoluto en aquella fiesta tan cursi. Suerte que encontró al cocinero aquel y pudo hacer migas con él, a la par que iba engullendo sus salchichas, porque si no, se habría aburrido como una ostra, como decía William.

«Pero mañana todo será diferente», pensó. «Esto va a ser trabajo. Veré de cerca la batería de Reggie, y el fuego saliendo del escenario, y los efectos especiales... Va a ser algo maravilloso. Ojalá William regrese a casa hoy, y mañana todos podamos vivirlo».

*(Continúa en el libro 34)*

